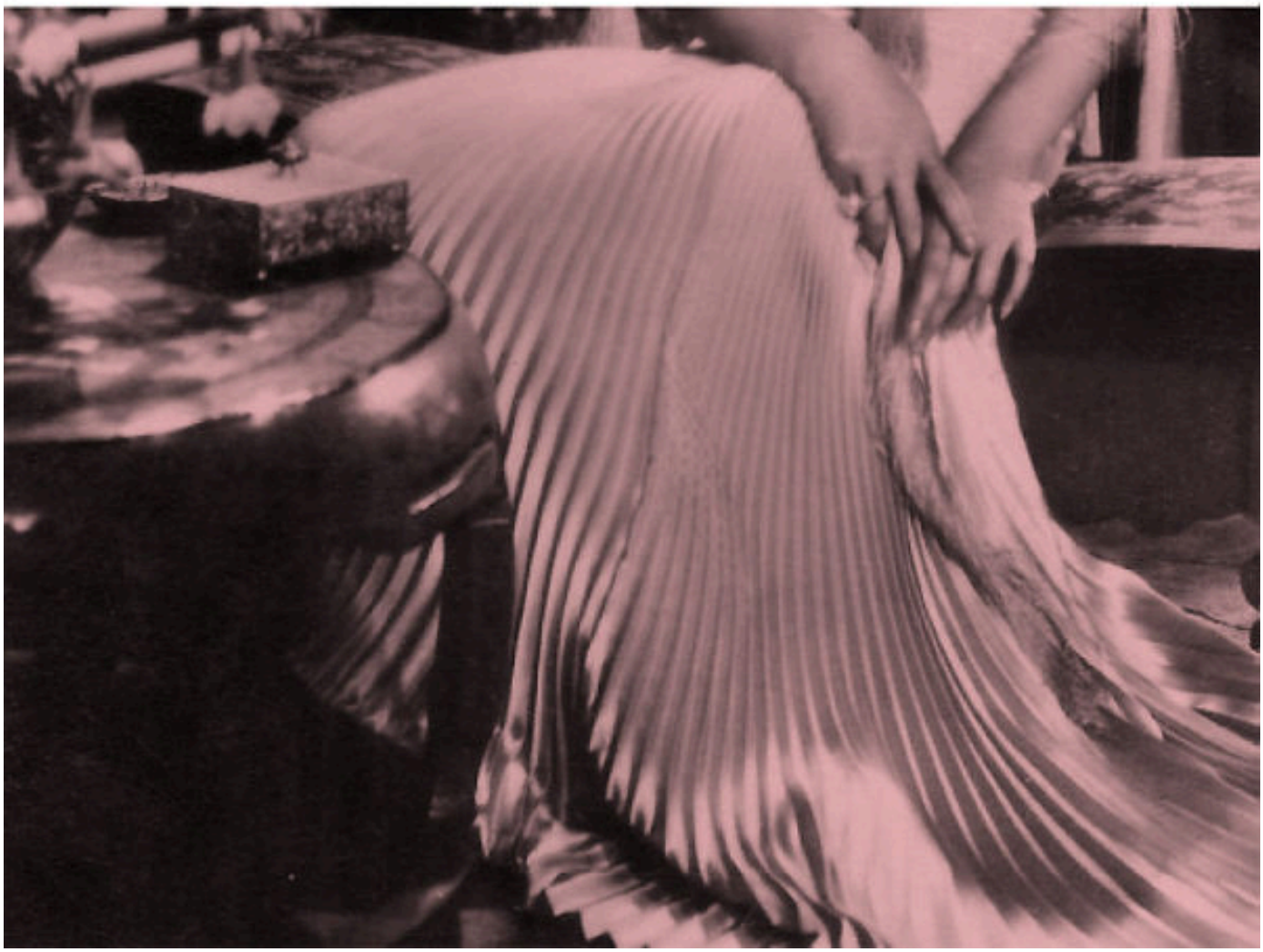
Eileen Chang

Un amor que destruye ciudades

Traducción de Anne-Hélène Suárez y Qu Xianghong



Un amor que destruye ciudades está ambientada en la China de los años cuarenta: los Bai, una familia tradicional de Shanghai, buscan pretendiente para una de sus hijas solteras. Cuando la señora Xu les presente a un rico heredero, Fan Liuyuan, este se quedará prendado de otra de las hermanas: la joven y bella divorciada Liusu, quien ante la animadversión de sus hermanos decide instalarse en Hong Kong y alejarse del yugo familiar.

Eileen Chang es una de las grandes escritoras chinas del siglo XX, sus narraciones reflejan los sentimientos y aspiraciones de una clase media emergente en una época en que los valores estaban cambiando de manera vertiginosa. Pese a la inestabilidad política del tiempo en que escribió y ambientó sus historias, su autora diría de ellas: «Solo quiero escribir sobre las cosas triviales que suceden entre hombres y mujeres; no hay guerra ni revolución en mi obra porque creo que cuando las personas se enamoran, son más inocentes y están más desamparadas que cuando luchan en guerras y revoluciones». El presente volumen, el primero de la autora que se traduce al español, recoge dos de las piezas más representativas de su producción narrativa: la novela corta *Un amor que destruye ciudades* y el relato *Bloqueados*.

Eileen Chang

Un amor que destruye ciudades

seguido de

Bloqueados

ePub r1.0
Titivillus 05.05.2017

Título original: *Qing cheng zhi lian / Fengshuo*
Eileen Chang, 1943
Traducción: Anne-Hélène Suárez y Qu Xianghong

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Un amor que destruye ciudades

En Shanghai, para «ahorrar con luz natural», como se suele decir, todos los relojes se adelantaron una hora, salvo en la mansión de los Bai.

—Nuestros relojes son antiguos —decían.

Sus diez eran las once de todos los demás. Su canto, desacompasado, no seguía el tempo del *huqin*[1] de la vida.

Al vaivén del arco, lanzando su chirriante lamento en la noche de diez mil luces, un *huqin* contaba una historia interminable y melancólica; pero mejor no entrar en ella… Su historia debería haberla interpretado algún actor espléndido, con dos alas de colorete perfilando la blancura nívea de su nariz, cantando, ocultándose la boca con la manga al sonreír… Allí, sin embargo, no había nadie más que el Cuarto Señor Bai, sentado en la oscuridad de un balcón ruinoso, tocando el *huqin*.

Mientras tocaba, sonó el timbre en la planta baja, algo muy inusual en la residencia de los Bai. Uno no salía de noche a hacer visitas, al menos no según las normas tradicionales; si alguien venía a esas horas podía deberse a algo completamente inesperado, como la llegada de un telegrama; sería una emergencia o, más probablemente, una muerte.

El Cuarto Señor aguzó el oído. Oyó a su esposa —la Cuarta Cuñada—, a su hermano —el Tercer Señor— y a la mujer de este —la Tercera Cuñada— subir por la escalera, hablando a voces todos a la vez, tan deprisa que no se entendía lo que decían. En la sala que daba al balcón se encontraban las Señoritas Sexta, Séptima y Octava, además de los hijos de los Señores Tercero y Cuarto, todos ellos sentados, con el semblante alarmado. Desde el balcón a oscuras, el Cuarto Señor veía con nitidez la estancia iluminada. Se abrió la puerta y apareció el Tercer Señor en camiseta y pantalones cortos. Plantado en el umbral, con las piernas bien abiertas, se golpeaba la parte trasera de los muslos con un paipái para espantar los mosquitos.

—¿A que no sabes qué ha pasado, Cuarto? —preguntó a voces a su hermano desde la puerta—. ¡Parece ser que el tipo de quien se divorció nuestra Sexta Hermana ha muerto de pulmonía!

El Cuarto Señor dejó el *huqin* y entró en la sala.

—¿Quién ha dado la noticia? —preguntó.

—La señora Xu —dijo el Tercer Señor antes de volverse hacia su esposa para echarla agitando su abanico—. ¿Qué haces siguiéndome y metiéndote donde no te llaman? ¡La señora Xu está abajo, con lo corpulenta que está no va a subir escaleras! ¡Ve ahora mismo a hacerle compañía!

La Tercera Cuñada se fue.

—El muerto ese… —dijo el Cuarto Señor, pensativo—. ¿No era pariente de la señora Xu?

—Ya lo creo —respondió el Tercer Señor—. Se diría que la familia la ha mandado expresamente a ella para darnos la noticia, con alguna intención, por supuesto.

—¿No será que quieren que la Sexta Hermana vaya allí corriendo a ponerse de luto? —aventuró el Cuarto Señor.

El Tercer Señor se rascó la cabeza con el mango del paipái.

—Bueno, de acuerdo con las reglas, eso sería lo correcto…

Ambos lanzaron una mirada a su hermana Bai Liusu, la Sexta Señorita. Sentada en un rincón de la habitación, la joven bordaba con pausado esmero unas zapatillas. El apresurado diálogo de sus hermanos parecía no haberle dado la menor ocasión de intervenir.

—¿Que vaya a hacer de viuda estando divorciada de él? —dijo con frialdad—. La gente se moriría de risa.

Aparentemente imperturbable, siguió bordando, pero las palmas de las manos se le humedecieron de sudor frío. La aguja se le atascó en la labor y fue incapaz de volver a sacarla de la tela.

—Sexta Hermana, esa no es manera de hablar —dijo el Tercer Señor—. En su momento, se portó mal contigo en muchas cosas, eso lo sabemos todos. Pero, ahora que ya está muerto, no vas a ser rencorosa, ¿verdad? Las dos concubinas que deja no querrán guardar luto, por supuesto. Si vuelves ahora con la cabeza bien alta a llevar luto y ocuparte del funeral, ¿quién va a reírse de ti? Aunque no le diste hijos, tiene sobrinos a patadas, puedes elegir el que más te guste y adoptarlo para continuar el linaje. Es cierto que casi no les quedan bienes, pero son un gran clan; incluso si solo os asignaran la custodia del templo ancestral, tú y tu hijastro no os moriríais de hambre.

—Estás en todo, Tercer Hermano —dijo Bai Liusu con una sonrisa sarcástica—. Lástima que llegues tarde. Llevo siete u ocho años divorciada. Según tú, ¿qué son todos esos trámites judiciales, amuletos de charlatán? Con la ley no se bromea.

—No andes amenazando con la ley todo el rato —dijo el Tercer Señor—. La ley hoy dice una cosa y mañana otra. De lo que se trata es de los principios naturales que rigen las relaciones humanas, de las tres guías cardinales y las cinco virtudes constantes[2], ¡eso sí que no cambia! Pertenecerás a los Xu mientras vivas, e incluso cuando mueras, tu alma les pertenecerá también: por alto que sea el árbol, sus hojas acaban cayendo y regresando a la raíz.

Liusu se puso de pie.

—¿Por qué no me dijiste todo esto en su momento?

—Temía que pensaras mal de nosotros y creyeras que no estábamos dispuestos a readmitirte en casa —contestó el Tercer Señor.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿ahora ya no temes que piense mal? Ahora que te has gastado todo mi dinero, ¿ya no te importa lo que piense?

—¿Que yo me he gastado tu dinero? —preguntó el Tercer Señor acercando su rostro al de ella—. ¿Cuántas miserables monedas habré gastado? Vives en nuestra casa, todo lo que comes y bebes sale de nuestros bolsillos. Antes, todavía: una boca más solo significaba un par de palillos más en la mesa. Pero ahora… ¿por qué no vas a informarte sobre el precio del arroz? ¡Que conste que yo no he mencionado el dinero, has tenido que sacar tú el tema!

La Cuarta Cuñada, de pie detrás del Tercer Señor, soltó una risita.

—En principio, no habría que tratar cuestiones de dinero entre parientes. En cuanto sale el tema, ¡es el cuento de nunca acabar! Ya se lo dije yo a mi marido hace tiempo, le dije: «Mira, Cuarto, a ver si convences al Tercer Señor: cuando invirtáis en oro o acciones, que no sea con dinero de la Sexta Cuñada, ¡os traerá mala suerte! Tan pronto como se casó, su marido se convirtió en un derrochador. Luego regresó aquí, y ya se ve cómo vamos: rumbo a la ruina: ¡es gafe de nacimiento!».

—La Cuarta Cuñada tiene razón —dijo el Tercer Señor—. Si no le hubiéramos permitido participar en las inversiones, ¡nunca habríamos llegado a esta situación!

Liusu se estremeció de rabia y se llevó las manos con las zapatillas medio bordadas a la barbilla, que le temblaba de tal forma que parecía a punto de desencajarse.

—Recuerdo cómo volviste a casa llorando, por aquel entonces, montando todo un escándalo porque querías divorciarte —prosiguió el Tercer Señor—. La culpa fue mía: soy un hombre como es debido, y no pude soportar ver cómo te había dejado después de aquella paliza, así que me levanté, me di una palmada en el pecho y dije: «¡Está bien! Puede que yo, el tercer hijo de los Bai, sea pobre, pero en mi casa nunca faltará un cuenco de arroz para mi hermana». En ese momento pensaba: ¿qué pareja joven no se pelea?, no era para tanto. Unos pocos años aquí con nosotros y cambiarías de idea. Si hubiera sabido que os ibais a separar de verdad, ¿crees que te habría ayudado en el divorcio? Romper un matrimonio implica no tener descendencia. ¡Al menos yo, Bai el Tercero, soy un hombre con hijos, y cuento con ellos para cuidar de mí cuando sea viejo!

Liusu había llegado a tal extremo de furia que se echó a reír.

—Muy bien, muy bien, todo es culpa mía. Os habéis empobrecido por alimentarme a mí. Habéis perdido vuestro capital porque os he arrastrado en mi infortunio. Y si un día se os muere un hijo, también será culpa mía, ¡castigo del cielo por haberme ayudado!

La Cuarta Cuñada agarró a su hijo por el cuello de la camisa y, así cogido, arremetió con él contra Liusu.

—¡Y ahora maldices a los niños, víbora! —vociferó—. ¡Tras lo que acabas de decir, si mi hijo muere, te las verás conmigo!

Liusu se apresuró a esquivarlos.

—Hermano, mira… mira… —dijo agarrando al Cuarto Señor—. ¡Di tú quién tiene razón!

—No te alteres. Di lo que tengas que decir y tomémonos el tiempo necesario para considerar la situación —contestó el Cuarto Señor—. El Tercer Hermano solo quiere ayudarte…

Despechada, Liusu lo soltó y se fue directa a la habitación del fondo.

Allí la luz no estaba encendida. A través de la mosquitera de tul, Liusu vislumbró a su madre en la oscuridad. Estaba tumbada en la gran cama de palisandro y se abanicaba pausadamente con un paipái de seda blanca.

Liusu se acercó a la cama. Sintió que sus piernas perdían fuerza y se dejó caer de rodillas, reclinándose sobre el borde del lecho.

—¡Mamá! —sollozó.

La anciana señora Bai aún tenía buen oído, y estaba al corriente de todo lo que se había dicho en la sala.

Tosió y buscó a tientas junto a su almohada hasta encontrar una pequeña escupidera, donde expectoró antes de comenzar a hablar.

—Tu Cuarta Cuñada es una bocazas, pero tú no puedes rebajarte a su nivel. Cada uno tiene sus propios problemas, ya lo sabes. Tu Cuarta Cuñada siempre ha sido muy dominante. Estaba acostumbrada a llevar la administración de la casa, pero tu Cuarto Hermano le salió rana: es un juerguista y un tahúr. Además de contraer todas esas enfermedades, sacó dinero de las cuentas de casa. Tu Cuarta Cuñada pasó una gran vergüenza por ello y no tuvo más remedio que dejar a tu Tercera Cuñada al cuidado de la administración familiar. Eso es una humillación que le cuesta asumir y que la tiene mortificada. Y tu Tercera Cuñada no da la talla, ¡mantener esta casa no es tarea fácil! Por eso tienes que ser más comprensiva con ellos.

Liusu se sintió impotente al oír las palabras de su madre, que había pasado completamente por alto sus agravios, y fue incapaz de responder nada. La anciana señora Bai se giró y le dio la espalda.

—Hace dos años —añadió—, aún pudimos juntar a duras penas algo de dinero vendiendo tierras. Eso nos ha dado de comer hasta ahora. Pero se acabó. Soy muy mayor y, cuando llegue mi hora, os tendré que dejar; ya no podré cuidar de vosotros. Toda fiesta tiene un fin. Quedarte a vivir conmigo no es buen plan a largo plazo. En cambio, volver es la opción correcta. Adopta un niño pequeño para criarlo y aguanta unos quince años, que ya levantarás cabeza.

Mientras hablaba, la cortina de la puerta se movió.

—¿Quién es? —preguntó la señora Bai.

La Cuarta Cuñada asomó la cabeza.

—Madre —dijo—, la señora Xu sigue abajo esperando para hablar con usted sobre el casamiento de la Séptima Hermana.

—Ahora me levanto —dijo la señora Bai—. Enciende la luz.

Una vez encendida la lámpara, la Cuarta Cuñada ayudó a la anciana a sentarse en la cama y luego la asistió para vestirse y levantarse.

—¿Ha encontrado la señora Xu al hombre adecuado? —preguntó la madre.

—Según dice, a uno excelente, aunque un poco mayor —contestó la Cuarta Cuñada.

La anciana señora Bai tosió.

—Esta Baoluo ya tiene los veinticuatro cumplidos —dijo—, y es una espina que llevo dentro. ¡Tanto preocuparme por ella, total, para que la gente diga que la descuido a propósito porque no es hija mía!

La Cuarta Cuñada la tomó del brazo y la ayudó a salir a la sala.

—Coge el té del año que tengo guardado y prepara una taza para la señora Xu —dijo la anciana—. El del bote verde es el «Pozo del dragón» que me trajo tu hermana mayor el año pasado. En la lata alta está el «Zarcillo de jade primaveral»[3], no te equivoques.

La Cuarta Cuñada asintió.

—¡Que venga alguien a ayudar! —ordenó—. ¡Encended las luces!

Se oyeron pasos en tropel, y entraron unos jóvenes sirvientes que ayudaron a la criada a llevar a la anciana hasta el piso de abajo.

La Cuarta Cuñada se quedó sola en la sala, rebuscando en armarios y baúles para dar con el té de la reserva privada de la anciana.

—¡Séptima Hermana! —exclamó de repente, riéndose—. ¿De dónde sales? ¡Menudo susto me has dado! ¡Justamente me estaba preguntando cómo podía ser que te hubieras esfumado si estabas aquí hace un momento!

—Estaba en el balcón tomando el fresco —dijo Baoluo con voz tenue.

—Eres vergonzosa, ¿eh? —dijo la Cuarta Cuñada con una risita—. Oye una cosa, Séptima Hermana, cuando te cases y vayas a vivir con tus suegros, deberás tener cuidado, no hagas lo que te dé la gana. ¡Ni que fuera fácil divorciarse: quiero divorciarme, pues me divorcio, total, no pasa nada! Si realmente fuese así de fácil, ¿por qué no me iba a haber divorciado yo de tu Cuarto Hermano siendo como es un inútil? Yo también tengo mi propia familia, no es que no tenga adónde ir. Pero todo este tiempo he tenido que pensar

en ellos, qué menos; algo de conciencia sí tengo: no puedo vivir de ellos y arrastrarlos a la pobreza, que una tiene su orgullo.

Bai Liusu se había quedado de rodillas junto a la cama de su madre, desolada. Cuando oyó estas palabras, apretó la zapatilla bordada contra su pecho. La aguja que se había quedado atascada en la tela le pinchó en la mano, pero no sintió dolor alguno.

—No puedo seguir viviendo en esta casa por más tiempo, no puedo… —susurró.

Su voz se había vuelto opaca y trémula, como una etérea telaraña de polvo. Le parecía estar soñando, como si la telaraña le cubriera toda la cara y la cabeza. Se inclinó hacia delante, aturdida, creyendo apoyarse en el regazo de su madre, y rompió a llorar.

—Madre… Madre… —dijo entre sollozos—, ¡por favor, ayúdame!

Pero su madre sonreía impasible, sin decir ni una palabra. Liusu le agarró las piernas, sacudiéndolas con fuerza.

—¡Madre! ¡Madre! —suplicó con voz llorosa.

En su confusión, se vio de niña, con unos diez años de edad. Salían de un teatro cuando la multitud la separó de su familia y se quedó sola en la acera bajo una lluvia torrencial, mirando con los ojos muy abiertos a los transeúntes, que le devolvían la mirada tras las ventanillas chorreantes de los coches y tras una sucesión de informes fanales de vidrio… una infinidad de extraños, todos encerrados en sus propios mundos, tan herméticos que, aunque hubiera golpeado el cristal con la cabeza hasta rompérsela, no habría podido acceder a ellos. Parecía atrapada en una pesadilla. De repente, oyó unos pasos tras ella y supuso que su madre había regresado. Se esforzó en calmarse, sin decir nada. La madre a quien rogaba y la madre que se aproximaba en la realidad eran dos personas completamente diferentes.

La segunda se sentó en la cama, pero al hablar, lo hizo con la voz de la señora Xu.

La señora Xu trató de consolarla.

—Sexta Señorita, no estés triste. Levántate, vamos, con el calor que hace…

Apoyándose en la cama, Liusu se esforzó en ponerse de pie.

—Tía —dijo—, no puedo quedarme más tiempo en esta casa. Ya me había dado cuenta de que para ellos yo estaba de más, aunque no me lo dijeran, pero ahora que me lo han gritado todo a la cara, ¡con qué valor voy a seguir viviendo aquí!

La señora Xu atrajo a Liusu hacia sí y la hizo sentarse junto a ella en el borde de la cama.

—Eres demasiado buena, no es de extrañar que te atropellen así —dijo con voz queda—. Tus hermanos mayores han estado trasteando con tu dinero hasta dejarte sin un céntimo. Aunque tuvieran que mantenerte el resto de tu vida, sería lo menos que podrían hacer.

Tan poco acostumbrada estaba Liusu a oír palabras justas que, sin preguntarse si eran sinceras o no, sintió calor en su corazón y se le saltaron las lágrimas.

—¡Quién me mandaría ser tan tonta! Por culpa de ese maldito dinero, ahora, aunque quiera irme, ya no puedo.

—Una persona tan joven siempre tiene alguna salida.

—Si la tuviera, ¡me habría ido hace tiempo! Casi no tengo estudios, tampoco puedo hacer trabajos que requieran mucha fuerza, ¿a qué podría dedicarme?

—Buscar trabajo sería un error —opinó la señora Xu—. Lo acertado sería buscar a alguien.

—Me temo que no será posible. Mi vida se ha acabado ya.

—Eso solo lo pueden decir los ricos, que no tienen que preocuparse por ganarse el sustento. Los demás no pueden permitirse el lujo de darse por vencidos aunque quisieran. Aunque te metieras a monja mendicante, seguirías ligada a este mundo, ¡no podrías prescindir de los demás!

Liusu bajó la cabeza sin contestar.

—Si hubieras acudido a mí hace un par de años, las cosas habrían ido mejor —prosiguió la señora Xu.

Liusu sonrió levemente.

—Desde luego. Ahora ya tengo veintiocho años.

—Con tus cualidades, la edad tampoco es un obstáculo. Pensaré en algo. Pero ya que hablamos del asunto, debería regañarte. Llevas divorciada siete u ocho años; si hubieras tomado la decisión un poco antes, podrías haberte ido lejos de aquí libremente, y ¡cuántos disgustos te habrías ahorrado!

—Tía, ya sabe cómo son estas cosas. ¿Es que una familia como la nuestra iba a dejarnos salir y relacionarnos? Tampoco puedo contar con ellos para buscarme a alguien. No solo porque no lo aprobarían en absoluto, sino porque todavía tengo dos hermanas menores que siguen casaderas; aparte de las hijas de mi Tercer y Cuarto Hermano, que pronto dejarán de ser niñas. Si no dan abasto con ellas, ¿cómo van a ocuparse de mí?

—Hablando de tu hermana —dijo la señora Xu sonriendo—, todavía estoy esperando que me den una contestación.

—¿Cómo se presentan las cosas para la Séptima Hermana? —preguntó Liusu.

—Parece que se van concretando —dijo la señora Xu—. Antes he querido dejar a las señoras solas para que lo hablasen entre ellas, y por eso he dicho que subía un momento a saludarte. Pero ahora tengo que bajar. Acompáñame, por favor.

Liusu no tuvo otra elección que la de ayudar a la señora Xu a bajar las escaleras ofreciéndole el brazo. La señora Xu pesaba, y los peldaños tenían sus años, por lo que crujieron y chirriaron bajo sus pasos. Al entrar en el salón, Liusu quiso encender la luz, pero la señora Xu la retuvo.

—No hace falta, se ve bien —dijo—. Están en el ala este. Ven conmigo, charlaremos un ratito con los demás, lo pasaremos bien, y el disgusto quedará olvidado. De lo contrario, mañana a la hora de comer no podrás evitarlos, y el encuentro será más desagradable.

Liusu ya no podía oír la palabra «comer»; sintió una punzada en el corazón y la garganta se le secó.

—Muchas gracias, tía —dijo forzándose a sonreír—, pero no me encuentro muy bien ahora mismo. Realmente no estoy para ver a nadie. Temo que los nervios me hagan meter la pata, y eso sería una falta de respeto hacia usted, que tan amable ha sido conmigo.

Al ver que no había manera de convencer a Liusu, la señora Xu no insistió. Abrió la puerta y entró sola.

Tan pronto como la puerta se cerró tras ella, el salón se volvió a sumir en la oscuridad. Dos cuadrados de luz amarilla se proyectaban sobre el suelo de baldosas grises a través de los cristales de la parte superior de la puerta.

En la penumbra se distinguían baúles de libros de diferentes tamaños apilados contra la pared: hileras de estuches de palo rosa, tallados con inscripciones lacadas en verde. Frente a la puerta de entrada, sobre la consola, se erguía un carillón de *cloisonné* protegido por un fanal. El mecanismo del reloj se había averiado hacía años y llevaba mucho tiempo parado. Colgados en la pared, a ambos lados, había sendas caligrafías en papel bermellón decorado con florones dorados que representaban el carácter *shou* de la «longevidad». Cada florón tenía en su centro un gran carácter escrito en tinta tan abundante que parecía a punto de gotear. En la penumbra, esas grafías parecían flotar en el aire, lejos del papel. Liusu se sentía como ellas, ingrávida y fluctuante. La mansión de los Bai semejaba hasta cierto punto una morada de inmortales: al cabo del vagaroso transcurrir de un día allí, habían volado mil años en el mundo real. Y mil años en esa casa eran como un único día interminablemente monótono y tedioso. Liusu se rodeó el cuello con las manos. Siete, ocho años habían pasado en un abrir y cerrar de ojos. ¿Que todavía era joven? No importaba, en un par de años habría envejecido; y, de todos modos, allí la juventud no era nada del otro mundo. Había jóvenes de sobra. Los niños nacían uno detrás de otro, con sus ojos nuevos, resplandecientes, sus bocas nuevas, tiernas y rosadas, sus inteligencias nuevas. Año tras año, el paso del tiempo los desgastaba; les embotaba los ojos, las mentes. Nacía entonces una nueva generación; la anterior era absorbida por el espléndido fondo bermellón salpicado de oro, y las diminutas motas de oro deslucido eran los ojos apocados de sus predecesores.

Súbitamente, Liusu lanzó un grito, se cubrió la cara y corrió, titubeante, escaleras arriba… Ya en su habitación, encendió la luz, se precipitó hacia el espejo de vestir y se examinó detenidamente. Menos mal, todavía no había envejecido mucho. Las figuras esbeltas como la suya, de cintura eternamente grácil y pechos incipientes como los de una adolescente, eran las que menos delataban la edad. Su rostro, cuya blancura era antaño la de la porcelana, poseía ahora el matiz del jade claro y translúcido. Sus redondas mejillas habían ido afinándose en los últimos años, por lo que su pequeño rostro parecía aún más menudo y encantador. Pese a la estrechez de su óvalo, el entrecejo era despejado, y sus ojos, preciosos y seductores, eran límpidos como agua clara.

Fuera, en el balcón, el Cuarto Señor tocaba de nuevo el *huqin*. Siguiendo las cadenciosas modulaciones de la melodía, Liusu no pudo sino ladear la cabeza, mientras sus ojos y sus manos revoloteaban adoptando las poses de la ópera tradicional. Con su actuación frente al espejo, el sonido del *huqin* se transformó en un concierto solemne de instrumentos de cuerda y de viento que acompañaban la danza de una ceremonia de la corte imperial. Dio unos pasos hacia la izquierda, luego hacia la derecha, como siguiendo el compás perdido de una melodía antigua. De repente, sonrió. Una sonrisa solapada, malévola; el concierto cesó bruscamente. Fuera, el *huqin* siguió sonando, pero su historia era una historia de lealtad y devoción filial, temas que nada tenían que ver con ella y que le quedaban muy lejos.

En un momento como ese, si el Cuarto Señor se retiraba al balcón a tocar el *huqin*, era porque sabía que carecía del derecho a opinar en el consejo familiar que se estaba celebrando en la planta baja. Cuando la señora Xu se hubo marchado, la familia Bai no pudo menos que analizar y comentar a fondo su propuesta.

La señora Xu pensaba mediar para casar a Baoluo con un tal Fan, que últimamente trabajaba de forma muy estrecha con el señor Xu en el negocio de la minería. La señora Xu conocía desde hacía mucho tiempo a los Fan y consideraba que Fan Liuyuan era absolutamente digno de confianza. Su padre había sido una figura bien conocida en las comunidades chinas de ultramar, y sus numerosos bienes estaban distribuidos por Ceilán, Malasia, entre otros lugares. Fan Liuyuan tenía ahora treinta y dos años y sus padres habían fallecido.

Los Bai preguntaron a la señora Xu cómo podía ser que un yerno tan perfecto siguiera soltero, a lo que esta contestó que, cuando Fan Liuyuan regresó de Inglaterra, un sinfín de madres, arrebatadas de impaciencia, le habían mandado a sus hijas, ofreciéndoselas obstinadamente, urdiendo intrigas y ardides, y se había armado una buena gresca. Lo habían puesto en un pedestal tan alto que, a partir de entonces, las mujeres fueron para él como el barro que pisaba. Además, ya era un tanto extravagante de por sí, debido al ambiente atípico en el que había transcurrido su infancia. La unión de sus padres no era legítima. En un viaje de prospección al extranjero, en Londres, su padre había conocido a una china mundana con quien se casó en secreto. Los rumores sobre ese enlace llegaron a su tierra natal, a oídos de su auténtica esposa. Temiendo su venganza, la nueva consorte nunca se atrevió a volver a China, de modo que Fan Liuyuan se crio en Inglaterra. Después de fallecer su padre, el joven encontró todo tipo de trabas para obtener el reconocimiento legal de sus derechos, a pesar de que la esposa legítima solo tenía dos hijas. Vivió solo y sin recursos en Inglaterra, y pasó muchos apuros antes de lograr que le reconocieran como heredero. Sus parientes seguían manteniendo una actitud hostil hacia él, por lo que vivía en Shanghai la mayor parte del tiempo y regresaba lo menos posible a la casa familiar en Cantón. Afectado por sus vivencias de joven, fue entregándose al desenfreno —banquetes, ropa, prostitutas, juego—, dedicándose a todos los placeres salvo al de la vida familiar.

—Es probable que un hombre como él sea de gustos muy exclusivos —dijo la Cuarta Cuñada—. Me temo que nuestra Séptima Hermana, al ser hija de concubina, no sea suficiente para él. ¡Qué lástima perder un partido tan bueno!

—Pero si él también es hijo de una concubina —dijo el Tercer Señor.

—Pero él es un hombre de mundo —replicó la Cuarta Cuñada—. Y con la pinta de simplona que tiene la Séptima Hermana, ¿cómo va a pescarlo? Mi hija mayor, en cambio, es más espabilada. Diréis que es joven, pero es muy madura y tiene sentido común.

—La diferencia de edad quizás es demasiado grande —intervino la Tercera Cuñada.

—¡Ay, qué sabrás tú! A los hombres como él les gustan las chicas jóvenes. Si no lo consigue la mayor, siempre podemos probar con mi segunda hija.

—¡Pero si es veinte años más joven que el tal Fan! —objetó, riéndose, la Tercera Cuñada.

La Cuarta Cuñada le dio un discreto tirón de manga.

—¡No seas boba, Tercera Cuñada! —le dijo con toda seriedad—. Mucho defender a la Séptima, pero ¿qué significa ella para la familia Bai? Al ser hija de otra madre, nos queda lejos. Una vez casada, ¡ninguno de nosotros sacaría beneficio de ella! Que conste que lo digo por el bien de todos.

Sin embargo, a la anciana señora Bai lo único que la preocupaba era que los parientes dijeran que descuidaba a la Séptima Señorita, huérfana de madre, y decidió hacer las cosas tal como habían sido previstas: que la señora Xu organizara un encuentro para presentar a Baoluo a Fan Liuyuan.

La señora Xu actuó en dos frentes a la vez, buscando también marido para Liusu, y le encontró a un tal Jiang, que trabajaba en la oficina de aduanas. Su esposa había muerto recientemente, dejando cinco hijos, por lo que estaba muy ansioso por encontrar otra madre para ellos. La señora Xu era partidaria de resolver lo de Baoluo, y mediar después en el caso de Liusu, porque Fan Liuyuan no tardaría en regresar a Singapur. Los Bai se tomaban a broma volver a casar a Liusu; pero, si querían sacarla de casa, no les quedaba más remedio que hacer la vista gorda y dejar el asunto en manos de la señora Xu. En cambio, colocar a Baoluo supuso un ajetreo y un revuelo tales que la casa quedó patas arriba. Las dos eran hijas de la misma casa, pero una tenía a todos revolucionados y la otra les resultaba indiferente. El contraste era realmente humillante. La anciana señora Bai arrambló con todas las joyas y tejidos de valor de la familia y confiscó cuanto pudiera servir para adornar a Baoluo. Incluso obligó a la Tercera Cuñada a entregarle el rollo de seda que su hija había recibido de su madrina como regalo de cumpleaños y lo utilizó para hacer un *qipao* a Baoluo. Entre los bienes que había ido reuniendo la anciana a lo largo de los años lo que más abundaba eran las pieles, pero no se podían llevar en pleno verano, así que empeñó un chaquetón de cibelina y, con ese dinero, mandó montar unas joyas antiguas según dictaba la moda del momento. Pendientes de perlas, pulseras de jade, un anillo de esmeralda… en definitiva: todo lo necesario para que Baoluo estuviera espléndidamente engalanada.

Por fin llegó el día señalado. Naturalmente, para acompañar a Baoluo, no podían faltar la anciana señora Bai, los Señores Tercero y Cuarto y sus respectivas esposas. Llegó a oídos de Baoluo lo que la Cuarta Cuñada tramaba contra ella, lo cual la disgustó mucho. La contrariaba aparecer en compañía de las dos hijas de la Cuarta Cuñada, pero le daba vergüenza decirlo abiertamente, así que se empeñó en que Liusu también la acompañara. Una vez instaladas siete personas en el taxi, realmente no había espacio para nadie más, de modo que, al final, las dos hijas de la Cuarta Cuñada, Jinzhi y Jinzhan, se vieron despiadadamente eliminadas de la selección.

Salieron a las cinco de la tarde y no regresaron hasta las once de la noche. ¿Cómo iban a poder Jinzhi y Jinzhan meterse en la cama tranquilas? Aguardaron con los ojos bien abiertos hasta que los demás regresaron a casa, pero ninguno quiso decir nada. Con el semblante abatido, Baoluo se dirigió al cuarto de la anciana señora Bai, se quitó rápidamente las joyas y adornos, se los devolvió a la anciana y, sin decir una sola palabra, se retiró a su habitación.

Jinzhi y Jinzhan arrastraron a su madre al balcón, rogándole insistentemente que les contara qué había sucedido.

—¡Habrase visto! —dijo la Cuarta Cuñada, furiosa—. ¡Cualquiera diría que se trataba de vuestros esponsales! ¿A qué viene tanto interés?

La Tercera Cuñada las había seguido al balcón.

—No digas eso, que hay quien podría tomárselo a mal —dijo con suavidad.

Al oírla, la Cuarta Cuñada se giró hacia la habitación de Liusu.

—¡Pues sí, a ella me refería! ¿Y qué? ¡Ni que llevara mil años sin conocer varón! ¡Apenas huele uno, se altera y se vuelve loca!

Jinzhi y Jinzhan se quedaron totalmente desconcertadas por el arrebato de su madre. La Tercera Cuñada hizo lo posible por calmarla, antes de dirigirse a las jóvenes.

—Primero fuimos al cine.

—¿Al cine? —preguntó Jinzhi sorprendida.

—Sí, es extraño, ¿verdad? —dijo la Tercera Cuñada—. Nosotros que habíamos ido especialmente para que pudieran verse, y resulta que acabamos sentados a oscuras. No se veía nada. Luego la señora Xu me dijo que la idea había sido del señor Fan, una artimaña para dejar pasar un par de horas y que a Baoluo le salieran brillos y se le estropeara el maquillaje. Así, él, al verla, podría hacerse una idea más precisa de cómo era. Eso es lo que piensa la señora Xu. Pero lo que yo creo es que, en este asunto, ese Fan no ha obrado de buena fe en ningún momento. Si quiso ir al cine era porque le daba pereza tener que agasajarnos. ¿O no trató de escabullirse tan pronto como terminó la película?

La Cuarta Cuñada no pudo evitar intervenir.

—¡Qué va! Lo de hoy, al principio, iba muy bien. De no haber sido porque alguien de nuestra propia familia se metió donde no la llamaban, para fastidiar, ¡seguro que ya estaría prácticamente en el bote!

—¿Y luego? ¿Qué pasó luego? —preguntaron Jinzhi y Jinzhan al unísono.

—Pues que la señora Xu lo retuvo y propuso que fuéramos a comer todos juntos. Entonces Fan dijo que invitaba él.

—Y si solo hubiera sido comer, ¡bueno! —dijo la Cuarta Cuñada dando una palmada—. Pero sabiendo que nuestra Séptima Hermana no sabe bailar, ¿a qué vino llevarnos a un salón de baile para tenernos ahí sentadas como pasmarotes? No es que lo diga yo, pero eso ya fue culpa del Tercer Señor. Él que sale tanto y conoce la ciudad, debería haber dicho algo cuando Fan dio al taxista la dirección del salón de baile.

—Con tantos restaurantes como hay en Shanghai, ¿cómo va él a saber cuáles tienen pista de baile y cuáles no? —se apresuró a decir la Tercera Cuñada—. No tiene tiempo para andar por ahí averiguando ese tipo de cosas, ¡no está tan libre como el Cuarto Señor! Jinzhi y Jinzhan querían conocer el resto de la historia, pero la Tercera Cuñada había perdido las ganas de contarla después de que la Cuarta Cuñada la hubiera interrumpido tantas veces.

—Luego comimos y, después de comer, volvimos a casa —se limitó a decir.

—¿Qué clase de persona es ese Fan Liuyuan? —preguntó Jinzhan.

—¿Cómo voy a saberlo? Si en total le habré oído decir tres frases —contestó la Tercera Cuñada—. Pero bailar, baila bien —añadió tras pensar unos instantes.

Jinzhi dejó escapar una pequeña exclamación de sorpresa.

—¿Con quién bailó?

—¿Con quién iba a ser? —intervino la Cuarta Cuñada—. ¡Con vuestra Sexta Tía, por supuesto! La nuestra es una familia cultivada y tradicional, no se nos enseña a bailar. Pero vuestra tía lo aprendió de ese inútil de marido suyo. ¡Qué poca vergüenza! Si te sacan a bailar, ¿no basta con decir que no sabes? No

saber bailar no es ninguna deshonra. Como vuestra Tercera Tía, como yo misma, que somos hijas de buena familia y, a nuestra edad, aunque tenemos mucho mundo, ¡no sabemos bailar!

La Tercera Cuñada suspiró.

—La primera vez, se podría decir que fue solo por quedar bien. ¡Pero aceptó un segundo y tercer baile!

Jinzhi y Jinzhan se quedaron boquiabiertas.

La Cuarta Cuñada se puso de nuevo a mascullar sus improperios volviéndose hacia la habitación.

—Tienes el corazón envuelto en manteca de cerdo. Si te crees que por arruinar las posibilidades de tu hermana vas a tener alguna esperanza, ya te lo digo yo: ¡más vale que abandones la idea! Con tantas señoritas como ha rechazado, ¿cómo va a querer una mujerzuela marchita como tú?

Liusu y Baoluo compartían una misma habitación. Baoluo ya estaba acostada. A oscuras, en cuclillas, Liusu trataba de encender el incienso antimosquitos. Había oído perfectamente cuanto se había dicho en el balcón, pero esta vez se mantuvo impasible. Encendió la cerilla y observó cómo ardía la llama —un diminuto gallardete rojo ondeando en el aire que él mismo generaba— y descendía y descendía hasta tocarle casi los dedos. La apagó de un soplo, dejando solo el mástil incandescente, que también se consumió y quedó reducido a una fantasmal silueta gris y encogida. Tiró la cerilla quemada en el plato del incienso.

Ella no había planeado lo sucedido ese día, pero, en cualquier caso, les había mostrado de lo que era capaz. ¿Conque pensaban que estaba acabada? ¡Pues de eso nada! Sonrió. Baoluo debía de estar maldiciéndola en silencio, quizás con palabras todavía peores que las de la Cuarta Cuñada. Sin embargo, Liusu sabía que por mucho que su hermanastra la odiara, al mismo tiempo la miraría con otros ojos, con mayor estima y consideración. Por excelente que fuera una mujer, si no lograba ser amada por los miembros del sexo opuesto, no lograría el respeto de los del suyo propio. Las mujeres eran mezquinas en ese aspecto.

¿Le gustaba de verdad a Fan Liuyuan? Muy probablemente, no. Liusu no creía una sola palabra de cuanto él le había dicho. Se notaba que estaba acostumbrado a mentir a las mujeres; tendría que ser cautelosa. No podía esperar apoyo de la familia, solo se tenía a sí misma. Su *qipao* de organdí color de luna pendía del dosel de la cama. Liusu se inclinó y, sentada en el suelo, abrazó la larga falda del vestido y hundió su rostro en ella con gesto grave. El humo verde del incienso ascendía a bocanadas, filtrándose en su cerebro. Las lágrimas brillaban en sus ojos.

Unos días más tarde, la señora Xu regresó a la residencia de los Bai.

—Después de la que armó nuestra Sexta Hermana, está claro que la Séptima ya no tiene nada que hacer —había predicho la Cuarta Cuñada—. ¿Cómo no va a estar molesta la señora Xu? Y si la señora Xu está enfadada con la Sexta Hermana, ¿cómo va a querer buscarle marido? Ya lo dice el refrán: «perder el grano por intentar robar un pollo».

De hecho la señora Xu ya no parecía tan entusiasmada como antes. Empezó explicando con muchos rodeos por qué no había venido a visitarlos esos días. Su marido tenía un importante negocio que atender en Hong Kong, y, si todo iba bien, planeaban alquilar una casa para vivir allí durante un año o año y medio, de modo que últimamente estaba muy ocupada preparando el viaje para irse con él. En cuanto a lo de Baoluo, Fan ya no estaba en Shanghai, así que por el momento había que suspender el asunto. Por otra parte, según había averiguado la señora Xu, el posible pretendiente para Liusu tenía otra mujer en su vida, y tratar de separarlos resultaría complicado. De todos modos, en opinión de la señora Xu, ese tipo de hombre no era de fiar, así que era mejor dejarlo. Al oír estas palabras, la Tercera y la Cuarta Señoritas se lanzaron miradas y sonrieron apretando los labios.

La señora Xu frunció el ceño antes de proseguir.

—Mi esposo tiene muchas amistades en Hong Kong; lástima que «agua lejana no apague fuego cercano»… Pero si la Sexta Señorita pudiese viajar hasta allí, es muy probable que encontrase muchas oportunidades. En los últimos años, entre los shanghaianos instalados en Hong Kong abundan los hombres capacitados y con talento, de modo que, según dicen, las señoritas de aquí tienen mucho éxito allí. Si la Sexta Señorita quisiera ir, no tendría dificultad en encontrar un buen partido. ¡Tendría donde escoger!

A todos les pareció que la señora Xu realmente tenía don de palabra. Hacía apenas unos días, había desplegado todo su dinamismo en oficiar de casamentera. Ahora que, de repente, todo había quedado aparentemente en agua de borrajas, tenía que hacer mutis por el foro mediante buenas palabras.

La anciana señora Bai suspiró.

—Ir a Hong Kong —dijo—. ¡Es más fácil decirlo que hacerlo! Tan solo el…

—Si la Sexta Señorita quiere ir, yo la invito —interrumpió la señora Xu con prontitud ante la sorpresa general—. Dije que la ayudaría y cumpliré mi palabra.

Todos se miraron, perplejos; incluso Liusu se quedó atónita. Hasta ese momento había considerado el

ofrecimiento de la señora Xu de encontrarle marido como un arrebato magnánimo nacido de una sincera compasión. Ir de aquí para allá en busca de buenos partidos u organizar un banquete para invitar al señor Jiang eran cosas que se hacían en una relación amistosa como la que tenían. Pero pagarle el viaje a Hong Kong le costaría un dineral. Y ¿para qué querría invertir esa fortuna en ella? Por mucha gente buena que hubiera en el mundo, tampoco había tanta lo suficientemente boba como para obrar bien a expensas de su propio dinero. La señora Xu debía de contar con cierto respaldo. ¿Sería un ardid ideado por Fan Liuyuan? La señora Xu había dicho que su marido tenía estrechos vínculos comerciales con él, así que la pareja debía de estar deseando complacerlo. No era improbable, por tanto, que estuvieran dispuestos a sacrificar a una pariente política, pobre y desvalida, para congraciarse con él.

Mientras Liusu daba rienda suelta a sus elucubraciones, la anciana señora Bai tomó la palabra.

—No, eso no puede ser. No podemos permitir que usted…

—¡No se preocupe! —la interrumpió la señora Xu con una risita—. ¡Es tan poca cosa que todavía me lo puedo permitir! Además, tengo la esperanza de que la Sexta Señorita pueda echarme una mano. Tengo dos hijos y, con la tensión alta, no debo cansarme demasiado. Si nos acompaña, me ayudará con todo. La considero una más de mi familia, y ¡le pediré que se tome la molestia de ayudarme en muchas cosas!

La anciana señora Bai se deshizo en palabras de agradecimiento en nombre de Liusu. La señora Xu se volvió hacia ella.

—Entonces, Sexta Señorita, no se hable más: se viene con nosotros —dijo sin ambages—. Aunque solo sea para visitar la ciudad, ¡valdrá la pena!

—Es usted muy amable conmigo —dijo Liusu con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

Hizo un cálculo rápido: ya no había ninguna esperanza de boda con ese tal Jiang; y en el supuesto de que, más adelante, alguien se animara a mediar por ella, sería para casarla con uno similar a Jiang, y eso en el mejor de los casos.

El padre de Liusu había sido un tahúr notorio. Se había jugado la fortuna de la familia y había sido el primero en dirigirlos hacia el declive y la ruina. Liusu nunca había tocado fichas ni dados, pero a ella también le gustaba arriesgar. Decidió apostar su futuro. Si perdía, su reputación quedaría por los suelos y no sería digna siquiera del papel de madrastra de cinco niños; pero si ganaba, conseguiría el premio que tantas personas codiciaban ferozmente —Fan Liuyuan— y todos los agravios que llevaba dentro se desvanecerían.

Aceptó la proposición de la señora Xu, que pensaba viajar en una semana, y se apresuró a preparar su equipaje. A pesar de que no tenía muchas cosas y de que realmente no había casi nada que meter en las maletas, estuvo intensamente ocupada durante varios días. Juntó algo de dinero vendiendo unos objetos pequeños y encargó que le confeccionaran ropa nueva. Durante ese tiempo, en medio de sus múltiples ocupaciones, la señora Xu encontró la ocasión de venir a darle consejos. Al ver los esfuerzos que la señora Xu hacía para ganarse a Liusu, los Bai fueron poco a poco sintiendo un nuevo interés por ella. Seguían desconfiando de ella, pero se mostraban algo más prudentes y, aunque murmuraran a sus espaldas, ya no la insultaban señalándola con dedo acusador. Incluso, de vez en cuando, se dirigían a ella como «Sexta Hermana», «Sexta Tía» o «Sexta Señorita», por simple precaución ante la posibilidad de que realmente lograra casarse con algún potentado de Hong Kong. Convenía no ofenderla y crear un margen de entendimiento por si Liusu volvía triunfante.

Los Xu vinieron a recoger a Liusu en coche para ir al muelle. Habían reservado un camarote de primera clase en un barco holandés. El barco era pequeño y cabeceaba violentamente, de modo que nada más subir a bordo, el señor y la señora Xu se desplomaron en sus literas y estuvieron vomitando sin parar. A su lado los niños lloraban desconsoladamente, y Liusu acabó teniendo que cuidar de ellos durante los días que duró el viaje.

No fue hasta que el barco alcanzó la costa cuando Liusu tuvo oportunidad de salir a cubierta a ver el mar. Era una tarde tórrida. Lo más llamativo de la vista era el muelle, con su largo desfile de gigantescas vallas publicitarias cuyos colores (rojos, naranjas, rosas) se reflejaban en el verde ondeante del mar. Jirones y retazos de tonalidades chillonas y agresivas irrumpían y desaparecían en el agua, luchando unas con otras en extraordinaria agitación. Liusu pensó que en una ciudad de tales extremos una simple caída podría resultar más dolorosa que en cualquier otro lugar, y empezó a sentirse inquieta.

De repente alguien se precipitó hacia ella y se abrazó a sus piernas, casi tirándola al suelo. Tras el susto, se dio cuenta de que se trataba de uno de los niños de la señora Xu. Se apresuró a serenarse, y se acercó a la señora Xu para ayudarla. No imaginaba que agrupar una docena de maletas y dos niños fuera a resultar tan complicado. Tan pronto como conseguían juntar las maletas, un niño se perdía de vista. Gracias a esa actividad agotadora, Liusu dejó de distraerse con otros pensamientos.

Una vez en tierra, tomaron dos taxis para ir al hotel Repulse Bay. Dejaron atrás la populosa ciudad y enfilaron una carretera que serpenteaba entre montañas. A ambos lados del camino solo se veían acantilados de tierra amarilla o rojiza que mostraban en sus quiebras frondosos bosques verdes o el mar de color esmeralda. A medida que se acercaban a la bahía, el paisaje, que seguía siendo abrupto y boscoso, fue tornándose más amable. Vieron pasar muchos automóviles de excursionistas que volvían de la montaña con el coche lleno de flores, y el viento les trajo el sonido desperdigado de sus risas.

Finalmente llegaron a la entrada del hotel, desde donde todavía no se alcanzaba a ver el edificio. Bajaron del coche y empezaron a subir por una ancha escalinata de piedra. Hasta que llegaron arriba y desembocaron en una explanada con un jardín no pudieron ver los dos edificios de color amarillo. El señor Xu tenía habitaciones reservadas, y los sirvientes los condujeron por un sendero de grava. Atravesaron un comedor y un pasillo bañados por la luz del crepúsculo y subieron hasta la primera planta. Allí, al doblar una esquina, había una puerta que daba a un pequeño balcón a la sombra de una pérgola con enredaderas en flor; desde un lateral el sol poniente iluminaba una parte de la pared.

En el balcón, un hombre y una mujer conversaban. Estaban de pie, y la mujer les daba la espalda. El cabello negro azabache le llegaba hasta los tobillos desnudos, en los que lucía pulseras de oro trenzado; no se veía si llevaba babuchas, pero sí se distinguía el estrecho bajo de un pantalón de estilo hindú.

—¡Ah, señora Xu! —exclamó el hombre.

Luego se acercó a ellos. Saludó al señor y la señora Xu y, sonriente, dirigió a Liusu una inclinación de cabeza.

Al ver que era Fan Liuyuan, y a pesar de que ya se había imaginado desde el principio que estaría allí, Liusu no pudo impedir que el corazón le latiera con fuerza. La mujer del balcón se esfumó al instante. Liuyuan los acompañó al piso de arriba. Mientras caminaban, no dejaron de expresar la sorpresa y la alegría que sentían, como viejos amigos que se encuentran por casualidad en tierras lejanas.

No podía decirse que Fan Liuyuan fuera un hombre guapo, pero, en su estilo desenfadado, tenía su apostura. El señor y la señora Xu daban instrucciones a los sirvientes para que les subieran el equipaje. Liuyuan y Liusu iban andando delante.

—Señor Fan, ¿todavía no se ha ido a Singapur? —preguntó Liusu sonriente.

—No, he estado aquí esperándote —respondió Liuyuan con voz suave.

Liusu no imaginaba que fuera a mostrarse tan directo, y no pudo seguir preguntando; temía averiguar que la invitación a Hong Kong venía de él, y no de la señora Xu. Al mismo tiempo, no sabía cómo salir de esa situación, de modo que se tomó a broma la respuesta y le sonrió.

Cuando supo que Liusu se alojaba en la habitación 130, Liuyuan se detuvo frente a una puerta y dijo:

—Aquí es.

El sirviente sacó la llave para abrir. Nada más entrar, Liusu se sintió irresistiblemente atraída hacia la ventana. La habitación entera parecía enmarcar en amarillo oscuro el imponente cuadro del océano que se dibujaba en ella. El impetuoso oleaje salpicaba las cortinas tiñendo sus bordes de azul.

—Deje el baúl delante del armario —indicó Liuyuan al sirviente.

Al oír su voz tan cerca de ella, Liusu dio un respingo. Se giró y vio que el sirviente se había ido, aunque la puerta no estaba del todo cerrada. Sin dejar de mirarla sonriente, Liuyuan se apoyó en el marco de la ventana y puso una mano en el cristal para taparle las vistas. Liusu bajó la cabeza.

—¿Sabes? Tu fuerte es inclinar la cabeza —dijo Liuyuan riendo.

Liusu alzó el rostro.

—¿Cómo? No entiendo —dijo sonriendo.

—Hay personas a quienes se les da bien hablar o reírse o llevar la casa. A ti se te da bien inclinar la cabeza.

—No sé hacer nada —dijo Liusu—. Soy completamente inútil.

—Las mujeres inútiles son las más temibles —bromeó Liuyuan.

Liusu se apartó riendo.

—No voy a seguir con esta charla. Vamos a la habitación de al lado a echar un vistazo.

—¿La de al lado? ¿La mía o la de la señora Xu?

Liusu se sobresaltó de nuevo.

—¿Te alojas en la de al lado?

Liuyuan ya había abierto del todo la puerta para dejarla pasar.

—Mi habitación está manga por hombro, no puedo recibir visitas.

Liuyuan llamó a la puerta de la habitación 131. La señora Xu abrió y los hizo pasar.

—Quedaos a tomar el té con nosotros. Tenemos sala de estar.

Luego tocó la campanilla y pidió pastas para el té.

—He telefoneado a mi amigo Zhu —dijo el señor Xu saliendo del dormitorio—. Insiste en hacer una fiesta de bienvenida y nos invita hoy mismo a todos al hotel Hong Kong.

Se volvió hacia Liuyuan.

—Tú incluido.

—Vaya ánimos tienes —dijo la señora Xu—. Después de tantos días de barco y mareos, ¿no deberíamos irnos temprano a la cama? Esta noche mejor no salimos.

—El salón de baile del hotel Hong Kong es el más anticuado que he visto nunca —dijo Liuyuan—. El edificio, las luces, la decoración y hasta la orquesta, todo es muy inglés, pero al estilo antiguo. Podía ser la última moda hace cuarenta o cincuenta años, pero ahora no resulta muy estimulante. No hay nada que ver, os lo aseguro, salvo quizás esos sirvientes tan estrafalarios, disfrazados con esos pantalones del norte de China, con las perneras atadas en los tobillos hasta en los días de más calor…

—¿Y por qué? —preguntó Liusu.

—¡Exotismo chino! —contestó Liuyuan.

—Ya que estamos aquí —dijo el señor Xu riendo—, habrá que ir a echar un vistazo. Por favor, dígnate acompañarnos.

—No puedo comprometerme, no me esperéis —contestó Liuyuan risueño.

Al ver que Liuyuan no parecía muy interesado en ir y que, en cambio, el señor Xu, que no frecuentaba los salones de baile, se mostraba inusualmente bien dispuesto, como si de verdad quisiera presentarle a sus amigos, Liusu volvió a sentirse insegura.

Cuando llegaron al hotel Hong Kong por la noche, vio que al banquete de bienvenida habían acudido principalmente matrimonios y que los pocos hombres solteros presentes eran jóvenes de unos veinte años. Liusu estaba bailando cuando apareció Fan Liuyuan y relevó a su pareja. A la luz de color rojo lichi del salón no veía con claridad su rostro ensombrecido, pero le pareció inusualmente callado.

—¿Por qué no hablas? —Liusu inició la conversación con una sonrisa.

—Todo lo que podía decir en público, lo he dicho ya —contestó Liuyuan.

Liusu rio.

—¿A qué viene tanto disimulo? ¿Qué tienes que decir a escondidas?

—Hay disparates de los que es mejor que no se entere nadie, y que incluso uno mismo prefiere no escuchar, no sea que se ruborice al oírlos. Por ejemplo, te amo, te amaré el resto de mi vida.

Liusu apartó la cabeza.

—¡Eso sí que son tonterías! —le reprendió con suavidad.

—Si callo, te quejas de que no te hablo; si hablo, resulta que soy un charlatán.

—Entonces, dime, ¿por qué no querías que viniera al salón de baile? —preguntó Liusu riendo.

—Por lo general, a los hombres les gusta malear a las mujeres, para luego llevarlas de nuevo por el buen camino. Yo no me complico tanto la vida. Creo que es mejor que una mujer buena siga siendo honesta.

Liusu lo miró de soslayo.

—¿Te crees diferente a ellos? Me parece que eres igual de egoísta.

—¿Cómo de egoísta? —bromeó Liuyuan.

«Tu ideal más sublime es una mujer de castidad intachable e irresistiblemente atractiva», pensó Liusu. «Casta respecto a los demás hombres, seductora contigo. Si yo fuera una mujer completamente buena, ¡nunca te habrías fijado en mí!».

Ladeó la cabeza y dijo con una sonrisa:

—Quieres que sea una chica buena delante de los demás y una chica mala cuando esté contigo.

Liuyuan se quedó pensativo.

—No te entiendo.

Liusu intentó explicarse de nuevo.

—Quieres que me porte mal con los demás y que solo me porte bien contigo.

—¿Ahora dices lo contrario? ¡Me dejas cada vez más perplejo!

Guardó silencio durante unos instantes.

—Te equivocas —dijo.

—Ah, ahora lo has entendido —replicó Liusu riendo.

—Sé buena o mala, como quieras. Lo que yo quiero es que no cambies. No es fácil encontrar a una auténtica mujer china como tú.

Liusu lanzó un leve suspiro.

—Estoy pasada de moda.

—Las auténticas mujeres chinas son las mujeres más bellas del mundo, nunca pasan de moda.

—Pero para un hombre tan moderno como tú…

—Al decir «moderno», quizás te refieres a «occidentalizado». Es cierto que no se me puede considerar un auténtico chino, y que solo en los últimos años me he ido sinizando, pero ya sabes, un extranjero sinizado se vuelve chapado a la antigua, más incluso que cualquier viejo letrado de la era imperial.

—Tú estás anticuado, yo también —dijo Liusu riéndose—. Y antes has dicho que el hotel Hong Kong tiene el salón de baile más anticuado del mundo…

Los dos rieron al unísono. En ese mismo instante, cesó la música. Liuyuan la condujo a su sitio y dijo a los demás que la señorita Bai tenía dolor de cabeza y que iba a acompañarla al hotel.

Liusu no contaba con que hiciera algo así. Fue tan inesperado que no tuvo tiempo de reaccionar; tampoco quería ofenderlo. Su relación con él todavía no era tan estrecha como para poder discutir, así que tuvo que dejar que la ayudara a ponerse la chaqueta; luego se disculpó ante todos y salió con él.

Se toparon de frente con un grupo de caballeros occidentales reunidos en torno a una mujer, como una constelación de estrellas que adorara a la luna. Lo primero que llamó la atención de Liusu fue el largo pelo azabache de la mujer, recogido en dos trenzas enroscadas en lo alto de la cabeza. Era india, y pese a que en esta ocasión vestía a la occidental, desprendía un aura intensamente oriental. Llevaba una capa de leve gasa negra por encima de un vestido largo y ceñido, de color amarillo carpa dorada, que cubría incluso sus manos, dejando solo expuestas sus uñas nacaradas. El escote del vestido descendía en forma de estrecha V hasta la cintura, según la última moda de París («línea de cielo»[4], lo llamaban). Tenía una tez tersa y radiante, color de ámbar, como una figura de Guanyin adornada con polvo de oro, pero un demonio acechaba en sus ojos oscuros. La nariz clásica era muy recta, aunque un tanto afilada. Los labios, pequeños, rosados y tan carnosos que parecían hinchados.

Liuyuan se detuvo e hizo una ligera reverencia en su dirección. Liusu se quedó mirándola, mientras ella le devolvía la mirada con los ojos llenos de orgullo y el porte altivo y distante, como si las separaran varios kilómetros.

Liuyuan las presentó.

—La señorita Bai, la princesa Sahayini[5].

Liusu no pudo dejar de sentir un profundo respeto. Sahayini tendió una mano y tocó la de Liusu con la punta de los dedos.

—La señorita Bai, ¿también viene de Shanghai? —preguntó a Liuyuan.

Este asintió.

—Pues no lo parece —añadió la princesa con una sonrisa.

—Entonces, ¿de dónde parece? —preguntó Liuyuan.

Sahayini se llevó el dedo índice a la mejilla y pensó unos instantes. Abrió las manos levantando los finos dedos, como si quisiera expresarlo pero no supiera cómo. Se encogió de hombros, sonrió y prosiguió su camino hacia el interior del salón de baile. Liuyuan, tomó del brazo a Liusu y se dirigió hacia la puerta. Liusu no sabía mucho inglés, pero había entendido a Sahayini por su expresión.

—Soy una provinciana —dijo sonriendo.

—Como he dicho antes, eres una auténtica mujer china. Es natural que no correspondas a su idea de lo shanghaiano.

Subieron al coche.

—No hagas caso a sus aires de grandeza —prosiguió—. Se pavonea por todas partes diciendo a quien quiera oírla que es hija del príncipe Krishna Karumpa, solo que su madre perdió el favor del príncipe, que le dio orden de suicidarse. A la hija, la desterró. Ahora vaga en el exilio, sin poder regresar a su patria. En realidad, lo que es verdad es que no puede volver a su tierra natal; sobre el resto de su historia, nadie pondría la mano en el fuego.

—¿Ha estado en Shanghai?

—Era famosa cuando estaba en Shanghai. Luego vino a Hong Kong con un inglés. ¿Has visto al viejo que iba detrás de ella? Él es quien la mantiene actualmente.

—Así sois los hombres. Delante de ella, ¿acaso no la halagáis? Pero a sus espaldas resulta que no vale nada. Puedo imaginar lo que dirás de mí a los demás, siendo como soy hija de un pobre funcionario del antiguo imperio, y de una posición aún más baja que ella.

—¿Quién se atrevería a pronunciar su nombre junto al tuyo? —replicó Liuyuan riendo.

—Será porque el suyo es demasiado largo y costaría pronunciarlos de un tirón —sugirió Liusu con un mohín.

—No te preocupes. Te tomaré siempre por lo que eres. De eso puedes estar segura.

Liusu hizo un gesto de alivio, apoyándose en la ventanilla.

—¿De verdad?

Lo que acababa de decir Liuyuan no parecía un sarcasmo, y, poco a poco, iba descubriendo que cuando los dos se encontraban a solas, él siempre se mostraba muy elegante y caballeroso. A saber por qué era tan prudente a espaldas de los demás y tan desenvuelto en público. Liusu no acertaba a entender si era una rareza de su carácter o si estaba tramando algo.

Cuando llegaron a la bahía, Liuyuan la ayudó a salir del coche y señaló la densa arboleda junto a la carretera.

—Mira ese árbol. Es típico del sur, y los ingleses lo llaman *flamboyant*.

—¿Es rojo? —preguntó Liusu.

—Sí, ¡rojo! —le contestó.

En la oscuridad, Liusu no distinguía el color, pero de forma instintiva supo que era un rojo único, prodigioso. Penachos y penachos de pequeñas flores anidadas en los imponentes árboles, que centelleaban en constante chisporroteo inundando con su fulgor el cielo azul purpúreo. Inclinó la cabeza y miró hacia arriba.

—Los cantoneses lo llaman «árbol de sombra» —prosiguió Liuyuan—. Mira la hojas.

Las hojas semejaban las de un helecho. Al soplar la brisa, sus siluetas leves y delicadas como sombras chinescas se encrespaban estremecidas, produciendo una serie de tenues sonidos sin melodía que recordaban el tintineo de las campanillas de viento de los aleros.

—Vamos a dar una vuelta por allí —dijo Liuyuan.

Liusu se quedó callada. Cuando él echó a andar, lo siguió lentamente. No pasaba nada; total, todavía era temprano y había mucha gente paseando.

Más allá del hotel, se alzaba un puente. Al otro lado, una montaña; a este, un muro gris de contención. Liuyuan se apoyó en la pared de ladrillo, Liusu también. El muro parecía de gran altura, tanta que no se divisaba su fin. Era frío y áspero, del color de la muerte. Ese fondo ponía en valor el rostro de Liusu: labios rojos, ojos brillantes; un rostro de carne y hueso, dotado de pensamiento.

—No sé por qué —dijo Liuyuan mirándola—, pero este muro me hace pensar en cosas como el fin de los tiempos… Algún día, nuestra civilización quedará completamente aniquilada; todo habrá acabado, habrá ardido, estallado, habrá quedado derruido; pero tal vez este muro siga en pie. Si entonces nos encontráramos al pie de este muro, Liusu… quizás serías un poco más sincera conmigo, y yo también lo sería contigo.

—Estás reconociendo que te gusta fingir —le reprendió Liusu—, ¡pero a mí no me metas en el mismo saco! ¿Acaso me has pillado mintiendo alguna vez?

—Es verdad —admitió Liuyuan riendo—. Eres candorosa a más no poder.

—Bueno, ya está bien de cuentos.

Liuyuan permaneció un buen rato callado, antes de lanzar un suspiro.

—¿Hay algo que te disgusta? —preguntó ella.

—Muchas cosas.

—Si alguien tan libre de sus actos como tú se queja de su destino, alguien como yo hace tiempo que debería haberse ahorcado —se lamentó Liusu.

—Sé que no eres feliz —dijo Liuyuan—. Sin duda has visto hasta hartarte muestras de la bajeza y la maldad que nos rodea. Sin embargo, si las vieras ahora por primera vez, seguro que te producirían todavía más rechazo, y te sentirías aún peor. Eso es lo que me pasó a mí. Cuando volví a China ya tenía veinticuatro años. Había soñado tanto con mi tierra natal… Ya te puedes imaginar mi decepción. Fui incapaz de soportar el golpe y caí sin poder impedirlo. Si… si hubieras conocido a mi yo de entonces, tal vez podrías perdonar a mi yo actual.

Liusu trató de imaginar que veía a la Cuarta Cuñada por primera vez.

—¡Pues sería mejor! —exclamó con vehemencia—. Por malas o sucias que sean las personas o las cosas, cuando las ves por primera vez no dejan de ser ajenas a ti. En cambio, si vives rodeado de ellas durante mucho tiempo, ¿cómo distingues lo ajeno de lo propio?

Liuyuan se quedó callado.

—Tal vez tengas razón —dijo tras una pausa—. Tal vez lo que he dicho no sea más que una excusa para engañarme a mí mismo.

De repente se echó a reír.

—En realidad, ¡no necesito ninguna excusa! Me gusta pasarlo bien… Y dispongo de dinero, y también de tiempo, ¿para qué buscar otros motivos?

Estuvo unos instantes pensativo.

—No me entiendo a mí mismo —dijo de nuevo desasosegado—, ¡pero quiero que tú me entiendas! ¡Quiero que me entiendas! —rogó insistentemente, aunque sin esperanza—. ¡Quiero que me entiendas!

Liusu estaba dispuesta a intentarlo. Estaba dispuesta a cualquier cosa dentro de ciertos límites. Se volvió hacia él.

—Te entiendo, te entiendo —contestó en voz baja.

Mientras trataba de reconfortarlo, imaginaba sin poder evitarlo su propio rostro iluminado por la luna, su óvalo delicado, sus ojos y cejas, de peregrina y etérea belleza. Inclinó poco a poco la cabeza.

Liuyuan soltó una risita.

—Sí, no debemos olvidar que tu fuerte es inclinar la cabeza —dijo cambiando el tono de voz—. Aunque hay quien dice que eso solo se lo pueden permitir las jovencitas, porque, si se hace con frecuencia, se convierte en hábito y, con los años, podrían aparecer arrugas en el cuello.

Con el semblante demudado, Liusu se llevó una mano al cuello.

—No te preocupes —la tranquilizó Liuyuan riendo—, tú no tienes ni una. Luego, cuando estés a solas en tu habitación, puedes desabrocharte el cuello y cerciorarte.

Sin contestar, Liusu se giró y echó a andar. Liuyuan le dio alcance.

—Te voy a decir por qué conservas tu belleza —bromeó—. Una vez, Sahayini me dijo que ella no se atrevía a casarse porque las mujeres indias, a partir del momento en que tienen que quedarse en casa todo el día, sentadas e inactivas, engordan. Yo le dije que las mujeres chinas se limitaban a lo primero, sin molestarse siquiera en engordar… porque hasta eso requiere dedicar algo de energía. Ya ves, ¡la pereza tiene sus ventajas!

Liusu no le hizo el menor caso. Durante el camino de vuelta, él se mostró atento, humilde y complaciente, hablando y bromeando sin parar. Ella, sin embargo, solo se apaciguó cuando llegaron al hotel; una vez allí, ambos se retiraron a sus respectivas habitaciones a descansar.

Liusu estuvo reflexionando, preguntándose si, al fin y al cabo, lo que valoraba Liuyuan no sería el amor espiritual. Ella no lo veía mal, porque un amor así siempre conducía al matrimonio, mientras que el amor físico tendía a estancarse llegado a cierto punto, con muy pocas posibilidades de acabar en matrimonio. Solo había un problema con el amor espiritual, y era que, en ese proceso, sucedía a menudo que la mujer no entendía lo que decía el hombre. Si bien eso tampoco tenía demasiada importancia, puesto que de todos modos el proceso acababa en boda, con la correspondiente búsqueda de una casa, que había que amueblar, la contratación del servicio doméstico… asuntos en los que la mujer era mucho más experta que el hombre. En conclusión, Liusu consideró que no había que dar importancia al pequeño malentendido de esa noche.

A la mañana siguiente, al no oír sonido alguno procedente de la habitación de la señora Xu, dedujo que sin duda se levantaría tarde. Creía recordar que la señora Xu le había dicho que en ese hotel se cobraba un suplemento por desayunar en la habitación, sin contar con la propina, por lo que decidió ir al comedor y ahorrar un gasto a sus anfitriones. Se aseó y se vistió. En el pasillo, había un sirviente esperando. Apenas la vio, llamó a la puerta de Liuyuan, que salió inmediatamente.

—Vamos a desayunar juntos —dijo con una sonrisa. Y añadió, mientras caminaba a su lado—: ¿Todavía no se han levantado el señor y la señora Xu?

—Estarán cansados por la fiesta de anoche —contestó Liusu—. No los oí volver, pero seguro que sería de madrugada.

Eligieron una mesa en la veranda. Más allá de la balaustrada de piedra crecían grandes palmeras, cuyas hojas radiadas, trémulas bajo el sol, parecían chorros de luz. Debajo, había también una fuente con surtidor, pero mucho menos espléndida.

—¿Qué planean hacer los señores Xu hoy? —preguntó Liuyuan.

—Dicen que van a mirar casas.

—Que miren sus casas, que nosotros iremos a nuestro aire. ¿Prefieres ir a la playa o a visitar la ciudad?

La tarde anterior Liusu había observado la playa cercana al hotel con la ayuda de unos prismáticos. Había visto jóvenes de ambos sexos vestidos con ropa de colores alegres; el lugar parecía realmente animado, pero el comportamiento de la gente un tanto desinhibido, y eso la puso un poco en guardia, de modo que propuso ir a la ciudad. Tomaron el autobús del hotel hasta el centro.

Liuyuan la llevó a comer al Great China. Liusu se fijó en que los camareros hablaban shanghaiano, y en las mesas de alrededor se reconocía el acento de su tierra natal.

—¿Es un restaurante de comida de Shanghai?

—¿No sientes nostalgia? —preguntó Liuyuan riendo.

—Pero… venir a Hong Kong para comer especialidades de Shanghai, ¿no te parece una tontería?

—Cuando estoy contigo, me gusta hacer tonterías. Como dar vueltas en tranvía, ir a ver una película que ya he visto dos veces…

—Porque te he contagiado mi tontería, ¿no es así?

—Puedes pensar lo que quieras —bromeó Liuyuan.

Al terminar de comer, Liuyuan alzó el vaso y vació el té restante de un trago antes de sostener el recipiente delante de sus ojos y examinar el interior.

—¿Hay algo interesante en el fondo? Déjamelo ver —dijo Liusu.

—Oriéntalo hacia la luz. El paisaje que tiene dentro me recuerda a la selva de Malasia.

Una eclosión de hojas verdes de té se extendía junto al resto de líquido en el vaso inclinado. A la luz, parecían las frondas de un banano. Las hojas acumuladas en el fondo semejaban una espesura de plantas trepadoras y arbustos que alcanzaran la altura de la rodilla. Liusu aproximó el rostro al vaso para contemplarlo, y Liuyuan se inclinó para mostrárselo. A través del cristal verdoso, Liusu descubrió de repente que Liuyuan la estaba mirando con ojos risueños. Dejó el vaso, sonriendo.

—Te llevaré a Malasia —dijo Liuyuan.

—¿Para qué?

—Para regresar a la naturaleza. Pero hay un pequeño problema —añadió tras pensarlo mejor—, no puedo imaginarte corriendo por la selva en *qipao*… Aunque tampoco puedo imaginarte sin *qipao*.

Liusu adoptó un gesto grave.

—Deja de decir tonterías.

—Estoy hablando en serio. La primera vez que te vi, pensé que no deberías llevar esos vestidos de moda sin mangas; pero la ropa de estilo occidental tampoco te pega. Un *qipao* manchú tal vez se adapte mejor a tu estilo, solo que sus líneas son demasiado rígidas.

—Resumiendo, cuando una es fea, se ponga lo que se ponga, ¡todo le sentará mal!

—Vuelves a malinterpretarme —dijo Liuyuan riendo—. Lo que quiero decir es que no pareces de este mundo. Muchos pequeños gestos tuyos tienen un aire romántico, como de una ópera de Pekín.

Liusu levantó las cejas.

—¡Como una ópera! —exclamó sarcástica—. Pero en la ópera nadie actúa solo. ¿Crees que me gusta no ser natural? La verdad es que estoy obligada a hacerlo. Los que presumen de listos, al ver que yo no les sigo el juego, piensan que soy tonta y me toman el pelo.

Al oír sus palabras, Liuyuan se quedó algo abatido. Levantó el vaso vacío, trató de beber un trago y lo volvió a dejar con un suspiro.

—Tienes razón —dijo—, la culpa es mía. Estoy acostumbrado a fingir, también porque todo el mundo finge delante de mí. Solo contigo he dicho palabras sinceras, pero no te has dado cuenta.

—No leo tus pensamientos.

—Sí, la culpa es mía. Y eso que, realmente, por tu culpa no he parado de pensar. Cuando te vi por primera vez en Shanghai, pensé que, si te alejabas de tu familia, tal vez podrías ser más natural. Así que esperé una eternidad, hasta que viniste a Hong Kong… y ahora quiero llevarte a Malasia, a la selva de los pueblos primitivos…

Se rio de sí mismo con voz ronca y empañada y pidió la cuenta. Cuando salieron del restaurante, él ya había recobrado su semblante habitual, y su mejor estilo, exquisitamente elegante, se había impuesto de nuevo.

Cada día la acompañaba en sus salidas y la llevaba a todos los lugares de ocio y diversión, al cine, a la ópera cantonesa, al casino, al hotel Gloucester y al Cecil, al café Bluebird, a las tiendas de seda india, a los restaurantes de comida de Sichuan en Kowloon… Al atardecer, a menudo salían a pasear y no regresaban hasta entrada la noche. A Liusu le costaba creer que Liuyuan apenas le rozara la mano. Se mantenía alerta, temiendo que de repente él dejara de fingir y atacara por sorpresa. Pero pasaban los días, y él seguía mostrándose caballeroso. Ella estaba a la defensiva, como si la acechara un formidable enemigo que sin embargo no hiciera el menor movimiento. Al principio se sentía inquieta, su corazón palpitaba como si se hubiera saltado sin querer un peldaño al bajar una escalera, pero había acabado acostumbrándose.

Excepto una vez, en la playa. Liusu ya conocía mejor a Liuyuan, y le pareció que no habría inconveniente en acercarse a la orilla del mar, de modo que se entretuvieron allí toda una mañana, sentados juntos en la arena, espalda con espalda. Liusu protestó por los mosquitos.

—No son mosquitos —dijo Liuyuan—, son pequeños insectos llamados flebotomos. Su picadura deja un punto rojo en la piel, como un lunar escarlata.

—Este sol es demasiado fuerte —se quejó ella de nuevo.

—Tomemos un poco más el sol, luego nos pondremos bajo el toldo. He alquilado uno allí.

Sediento, el sol succionaba la gorgoteante agua del mar, se aclaraba la garganta con ella y la escupía de nuevo en constante enjuague, sorbiendo también la humedad de los cuerpos expuestos, convirtiéndolos en hojas secas, doradas e ingrávidas. Liusu comenzó a sentir una extraña mezcla de vértigo y deleite; pero no pudo evitar quejarse de nuevo.

—¡Me ha picado un mosquito! —exclamó dándose una palmada en la espalda desnuda.

—Así no vas a poder —dijo Liuyuan—. Deja que lo haga yo por ti, y tú lo haces por mí.

Liusu se puso, pues, a vigilarle la espalda.

—¡Ay, se ha escapado! —dijo tras darle una palmada en el brazo.

Liuyuan, por su parte, hacía lo propio. Propinándose mutuas palmadas, les entró la risa, hasta que Liusu se ofendió súbitamente, se puso de pie y se dirigió hacia el hotel. Esta vez, Liuyuan no fue tras ella. Al llegar a la sombra de los árboles, se detuvo en un sendero de piedra, entre dos sombrajos de estera. Se sacudió la arena de la falda corta y miró hacia atrás. Allí seguía Liuyuan, tumbado boca arriba con los brazos cruzados bajo la cabeza, de nuevo entregado a sus ensoñaciones al sol, de nuevo convirtiéndose en hoja dorada. Liusu entró en el hotel y se puso a observarlo desde su ventana con los prismáticos. Ahora había una mujer tumbada a su lado, con las trenzas enroscadas encima de la cabeza. Era Sahayini; Liusu la hubiera reconocido aunque su cuerpo hubiera quedado reducido a cenizas.

A partir de ese día, Liuyuan pasó todo su tiempo con Sahayini; probablemente, había decidido distanciarse un poco de Liusu. Acostumbrada a salir todos los días, Liusu se quedó de repente sin nada que hacer y, como tampoco tenía una buena excusa que darle a la señora Xu, decidió que lo mejor era aducir un resfriado y permanecer unos días en su habitación. Afortunadamente, el cielo se mostró a la altura de las circunstancias y mandó una lluvia persistente, que proporcionó a Liusu otro buen pretexto para no salir. Una tarde, Liusu regresó al hotel con su paraguas, después de haber ido a dar un paseo por el jardín. Estaba oscureciendo, así que supuso que los Xu estarían a punto de volver tras dedicar el día a la búsqueda de casa. Se sentó a esperarlos en la veranda. Abrió su vistoso paraguas de papel aceite y lo colocó encima de la balaustrada de forma que ocultara su rostro. La cubierta del paraguas estaba decorada con hojas de loto de color verde malaquita sobre fondo rosa. Las gotas de agua se deslizaban por las varillas. La lluvia arreció y, a través de su rumor, se oyó el chasquido de las salpicaduras producidas por los neumáticos de un coche. Un grupo de hombres y mujeres subieron los escalones empujándose, agarrándose y riéndose, encabezados por Liuyuan. De su brazo iba Sahayini, hecha un desastre, con las piernas desnudas rociadas de barro. Al quitarse el gran sombrero de paja, derramó agua por todo el suelo. Liuyuan reparó entonces en el paraguas de Liusu, le dijo unas palabras a Sahayini al pie de la escalinata y esta subió sola. Liuyuan se dirigió hacia Liusu enjugándose el agua de la cara y de la ropa con un pañuelo. Liusu no tuvo más remedio que saludarlo, y él se sentó a su mesa.

—Hace un par de días me dijeron que no te encontrabas bien.

—Solo ha sido un resfriado de verano.

—Hace un bochorno terrible. Hemos ido de pícnic con el yate de ese inglés hasta la isla Qingyi.

Liusu le siguió la corriente y le preguntó por el paisaje de la isla. Mientras, Sahayini regresó, esta vez con ropa india: un sari largo hasta el suelo amarillo pálido y con un ancho ribete de flores bordadas con hilo de plata. También se sentó junto a la balaustrada, a una mesa alejada, con una mano de uñas pintadas de esmalte plateado desenfadadamente apoyada en el respaldo de la silla.

—¿No vas con ella? —dijo Liusu sonriente.

—Ya tiene dueño —bromeó Liuyuan.

—¿Cómo va a controlarla ese inglés?

—Él no la puede controlar; pero tú a mí, sí.

—¡Huy! —exclamó Liusu con mohín divertido—. ¡Ni llegando a gobernadora de Hong Kong o a diosa protectora de la ciudad, con poder sobre sus habitantes, podría controlarte yo a ti!

Liuyuan meneó la cabeza.

—Una mujer que nunca se pone celosa no es del todo normal.

Liusu dejó escapar una risa.

—¿Por qué me miras? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Estoy tratando de averiguar si tienes intención de tratarme un poco mejor o no de ahora en adelante.

—¿Qué más te da que te trate bien o mal?

Liuyuan juntó las manos.

—¡Esto ya me gusta más! En tu tono hay algo de celos.

Liusu no pudo reprimir la risa.

—¡Nunca había visto a nadie como tú, empeñado en que los demás tengan celos a toda costa!

Ambos hicieron las paces y se fueron a cenar juntos. Aunque Liusu parecía algo más afectuosa con él, en el fondo seguía inquieta. Al provocarle celos, lo que Liuyuan pretendía, sin duda, era que ella se lanzara a sus brazos por iniciativa propia. Era el peor momento para ceder: significaría sacrificarse a sí misma para nada, ya que él, lejos de agradecérselo, pensaría que su ardid había surtido efecto, y ni en sueños lograría ser su esposa… Resultaba evidente que la deseaba, pero no quería casarse con ella. Por otra parte, ella pertenecía a una familia distinguida, aunque venida a menos; tanto él como los Bai gozaban de cierta reputación, y él no podría permitirse quedar como un seductor. De ahí que hubiera adoptado una actitud noble e intachable. Por fin lo entendía todo. Lo que Liuyuan pretendía no era sino pasar por inocente. Había cuidado todos los detalles para eludir cualquier responsabilidad. De este modo, si la abandonaba más adelante, ella no podría reprocharle nada.

Al llegar a esa conclusión, Liusu no pudo evitar apretar los dientes y lanzar un suspiro de rabia. Aun así, siguió manteniendo las apariencias como de costumbre. La señora Xu había alquilado una casa en Happy Valley, y estaban a punto de mudarse. Liusu deseaba ir con ellos, pero le parecía que ya llevaba más de un mes abusando de su hospitalidad y que resultaría embarazoso seguir haciéndolo. Por otro lado, tampoco era cuestión de prolongar ese compás de espera, torturándose indecisa ante la difícil alternativa de avanzar o retroceder.

Sucedió una noche. Llevaba tiempo acostada y había estado dando vueltas en la cama antes de conseguir adormecerse, cuando de repente sonó el teléfono de la mesilla. Lo descolgó y oyó la voz de Liuyuan.

—Te quiero —dijo, y colgó.

Aturdida, Liusu sintió que el corazón le latía con fuerza, mientras apretaba el auricular con la mano antes de devolverlo a su base con suavidad. Tan pronto como colgó, el teléfono volvió a sonar con estridencia. Descolgó y oyó de nuevo la voz de Liuyuan.

—He olvidado preguntarte una cosa: ¿tú me quieres?

Liusu tosió antes de responder. Cuando por fin lo hizo, su voz sonó ronca.

—Deberías saberlo desde hace tiempo —susurró—. ¿Por qué crees que he venido a Hong Kong?

Liuyuan suspiró.

—Hace tiempo que lo sé, aunque me resistía a creerlo. La verdad salta a la vista, Liusu, no me quieres.

—¿Por qué dices eso?

Liuyuan estuvo callado unos instantes.

—En el *Libro de las odas* hay un poema…

—No entiendo de eso —se apresuró a interrumpir Liusu.

—Ya lo sé —dijo Liuyuan con impaciencia—. Si entendieras, ¡no haría falta que te lo explicara! Te lo voy a recitar, escucha: «En la vida, en la muerte, en la distancia, de todo corazón yo te prometo. Tomados de la mano viviremos, unidos hasta el fin, los dos ancianos». No sé mucho de chino antiguo, ignoro si lo recito bien. Pero para mí es uno de los poemas más tristes que conozco; dice que la vida, la muerte y la separación son grandes vicisitudes que están fuera de nuestro control. En comparación con las fuerzas del mundo, los seres humanos somos insignificantes. Aun así, nos empeñamos en decir: «Me quedaré contigo para siempre, no nos separaremos jamás en la vida». ¡Como si fuera algo que pudiéramos decidir!

Liusu se quedó pensativa. Al cabo de unos instantes, no pudo reprimir su irritación.

—¿Por qué no me dices francamente que no piensas casarte, y punto? ¿A qué viene tanto rodeo? ¿Qué hay que no puedas decidir? Incluso en una familia tan conservadora como la mía se dice que «primeras nupcias, cuestión de familia. Segundas nupcias, cuestión personal». Si alguien tan libre de ataduras como tú no puede tomar decisiones, ¿quién va a tomarlas por ti?

—Tú no me quieres, pero ¿qué le vas a hacer, acaso es algo que se pueda decidir? —dijo Liuyuan con frialdad.

—Si tanto me quieres, ¿qué más te da que yo te quiera o no?

—No soy tan insensato como para invertir dinero en casarme con alguien que no sienta ningún afecto hacia mí y que luego me tenga controlado. Sería injusto. Y lo sería también para ti. Bueno, tal vez a ti no te importe, tal vez sencillamente pienses que el matrimonio es prostitución a largo plazo…

Sin esperar a que terminara, Liusu colgó de golpe, con el rostro escarlata. ¡Se había atrevido a humillarla de ese modo, se había atrevido! Se quedó sentada en la cama, envuelta en la ardiente oscuridad como en una manta púrpura. Sentía ardiente el cuerpo cubierto de sudor; incluso el cabello, pegado a su cuello y a la espalda, le producía un picor insoportable. Se presionó las mejillas con las manos; tenía las palmas heladas.

El teléfono volvió a sonar. No contestó. Su ring… ring… resultaba extremadamente estridente en la quietud de esa habitación, en la quietud del hotel, en la quietud de la bahía. De repente, Liusu se dio cuenta de que no podía despertar a todo el mundo, empezando por la señora Xu, que dormía en la habitación

contigua. Con la mano temblorosa, levantó el auricular y lo dejó encima de la sábana. Pero reinaba un silencio tal que, incluso a esa distancia, oía la voz tranquila de Liuyuan.

—Liusu, ¿se ve la luna desde tu ventana?

Sin saber por qué, Liusu se echó a llorar. A través de las lágrimas, grande y desdibujada, una luna refulgía con luz plateada y reflejos verdes.

—En mi ventana —prosiguió Liuyuan—, hay una enredadera de flores que me tapa la mitad. Puede que sea un rosal. O tal vez no.

No dijo nada más, pero tampoco colgó. Al cabo de un buen rato, Liusu empezó a preguntarse si se habría quedado dormido, pero finalmente oyó un suave chasquido al otro lado de la línea. Cogió con mano trémula el auricular de la cama y lo devolvió a su lugar. Temía que Liuyuan llamara de nuevo, pero no lo hizo. Había sido un sueño. Cuanto más lo pensaba, más le parecía un sueño.

A la mañana siguiente, no se atrevió a preguntarle nada sobre el tema; estaba segura de que se había burlado de ella —«Los sueños son los deseos de tu corazón»—. ¿Estaba ella tan obsesionada con él que incluso en sueños él la llamaba para decirle: «Te quiero»? Tampoco notó cambio alguno en la actitud de Liuyuan. Salieron juntos como de costumbre a pasar el día. Liusu descubrió entonces que había mucha gente que los tomaba por marido y mujer: los sirvientes, las damas, ancianas o no, con quienes intercambiaba saludos en el hotel. No era de extrañar: tenían habitaciones contiguas, entraban y salían juntos y daban paseos por la playa en plena noche, sin hacer nada para evitar las sospechas. Una niñera que pasaba empujando un cochecito de bebé, la saludó con la cabeza dirigiéndose a ella como «señora Fan». El rostro de Liusu se contrajo levemente: tanto si le sonreía como si no, estaría en falso. Impotente, miró a Liuyuan frunciendo las cejas.

—¡Qué pensará la gente!

—No te preocupes por los que te llaman «señora Fan». ¡Pregúntate más bien qué pensarán los que te llaman «señorita Bai»!

Liusu palideció. Liuyuan se acarició la barbilla.

—No cargues con una reputación que no te mereces.

Liusu lo miró estupefacta, comprendiendo de repente la perfidia de aquel hombre. Cuando estaban en público, se aseguraba de mostrar a las claras la intimidad que había entre ellos, de modo que ella no pudiera demostrar de ninguna manera que no habían pasado a mayores. Así que no había vuelta atrás: «quien se sube a un tigre difícilmente se baja». La vergüenza le impediría regresar a casa, ver a su familia, y su única salida sería convertirse en su amante. Pero, si cedía ahora, no solo todo su esfuerzo anterior habría sido en vano, sino que sus esperanzas de futuro quedarían destruidas. ¡Pues no! Aunque tuviera que cargar con una mala reputación, él solo se habría aprovechado de ella de boquilla. A fin de cuentas, Liuyuan todavía no la había conseguido, de modo que, tal vez, algún día, volviera dispuesto a hacer las paces en mejores condiciones.

Una vez tomada su decisión, anunció a Liuyuan que quería volver a Shanghai. En lugar de tratar de impedírselo, Liuyuan se ofreció para acompañarla.

—No, no es necesario —dijo Liusu—. ¿No tenías que ir a Singapur?

—Llevo tanto tiempo aplazándolo que puede esperar un poco más. Además, también tengo asuntos que resolver en Shanghai.

Liusu sabía que estaba empleando la misma estrategia: fomentar el qué dirán. Cuantos más argumentos tuvieran los demás para murmurar, menos posibilidades tendría ella de defender su inocencia y ya ni estaría tranquila en Shanghai. Al mismo tiempo, pensaba que, aunque Liuyuan no volviera con ella, sus familiares ya estarían al corriente de todo. Así que, de perdidos, al río: que la acompañara. Cuando la señora Xu vio que, ahora que parecían uña y carne, iban a separarse, se mostró muy sorprendida. Les preguntó a cada uno de ellos por separado, y los dos se desentendieron del asunto, aunque la señora Xu, naturalmente, no los creyó.

Durante el viaje tuvieron numerosas oportunidades de acercarse, pero si Liuyuan había podido resistir la luna de la bahía, también pudo con la luna de la cubierta del barco. En ningún momento le dijo a Liusu nada en firme; más bien mantuvo una actitud un tanto indiferente. Pero Liusu veía que su despreocupación era la de un hombre satisfecho de sí mismo, seguro de que ella no podría escapar.

Cuando llegaron a Shanghai, la acompañó a su casa en un taxi, pero no bajó del coche. La familia Bai había sido informada mucho antes, y conocía la noticia de que la Sexta Señorita había estado viviendo con Fan Liuyuan en Hong Kong. Y ahora, después de haberlo pasado bien con él durante más de un mes, volvía como si tal cosa. Saltaba a la vista que pretendía deshonrar deliberadamente a toda la familia.

Si Liusu se había juntado con Fan Liuyuan, por supuesto, era por su dinero, pero si lo hubiera

conseguido, no habría vuelto a casa con tanto sigilo. Estaba claro que no le había sacado nada bueno. Una mujer que se deja embaucar por un hombre, de por sí merece morir; si es ella la que embauca al hombre, es todavía más una perdida; pero si es ella la que trata de embaucar al hombre, no lo consigue y acaba siendo la embaucada, es doblemente libertina y rastrera, matarla sería ensuciar el cuchillo.

Normalmente, en la mansión de los Bai, si uno cometía un error, aun del tamaño de un ajonjolí, toda la familia estallaba de forma desproporcionada. Ante esa ignominia auténticamente escandalosa, los señores y sus esposas se quedaron sin habla de pura indignación, al menos en un primer momento. Primero acordaron silenciar el asunto: «los trapos sucios se lavan en casa», y fueron, cada cual por separado, a presionar a familiares y amigos para que juraran guardar el secreto. Seguidamente, fueron a sondearlos para averiguar si lo sabían —y si era así, cuánto sabían—. Por último, les pareció que resultaría imposible ocultarlo y que más valía hablar del tema sin tapujos y con todo tipo de aspavientos. Estas formalidades los mantuvieron ocupados todo el otoño, de modo que tardaron en tomar una decisión definitiva acerca de Liusu.

Liusu sabía perfectamente que este último regreso a casa no sería como el anterior tras su divorcio. Los lazos de afecto y lealtad entre ella y su familia se habían roto hacía tiempo. No es que no hubiera pensado en buscar un trabajo, cualquier manera de ganarse la vida, por dura que fuera, era preferible a la convivencia con una familia hostil; pero si buscaba una actividad humilde, perdería su estatus de dama. Un estatus sin implicaciones concretas, pero que lamentaría perder, más aún cuando todavía no había abandonado del todo la esperanza respecto a Fan Liuyuan. No podía, de momento, degradarse *motu proprio*; eso sería darle motivos para no querer casarse con ella. Así que tendría que seguir aguantando el tipo, pasase lo que pasase.

Eso es lo que hizo hasta que, a finales de noviembre, Fan Liuyuan le envió un telegrama desde Hong Kong. Lo leyeron todos y cada uno de los miembros de la familia antes de que la anciana señora Bai mandara llamar a Liusu y se lo entregase. El mensaje era escueto:

RUEGO VENGA HK.
BILLETE RESERVADO VIA
THOMAS
COOK.

La anciana señora Bai lanzó un largo suspiro.

—Ya que te pide que vayas, ve.

¿Tan poco valía? Se le saltaron las lágrimas. El llanto le hizo perder su autocontrol, y descubrió que ya no podía aguantar más. En un solo otoño, había envejecido dos años ¡y no podía permitirse ese lujo! Así que, por segunda vez, dejó su casa rumbo a Hong Kong. Esta vez, ya no sintió el placer de la aventura como en el viaje anterior. Había sido vencida. Sin duda, a las mujeres les gusta rendirse, pero dentro de ciertos límites. Si se hubiera tratado de claudicar ante la apostura y la seducción de Fan Liuyuan, habría sido distinto. Pero estaba de por medio la presión de su familia, y ese era el factor más doloroso de su derrota.

Fan Liuyuan la estaba esperando en el muelle, bajo una fina llovizna. Le dijo que su impermeable verde transparente parecía un frasco.

—Un frasco de medicina —precisó.

Ella pensó que se burlaba de su fragilidad física.

—Eres la medicina que me va a curar —le susurró entonces Liuyuan al oído.

Ella se sonrojó, lanzándole una mirada de reproche.

Le había reservado la habitación de la vez anterior. Esa noche, cuando por fin llegaron al hotel, eran ya las dos de la madrugada, y Liusu fue al cuarto de baño a prepararse para irse a la cama. Al salir del lavabo apagó la luz y se encontró a oscuras. Recordó que el interruptor del dormitorio estaba junto a la cama. Avanzando a tientas, tropezó con un zapato y estuvo a punto de caerse. Mientras se reprochaba a sí misma haber dejado sus zapatos de cualquier manera, oyó una risa procedente de la cama.

—¡No te asustes! Son mis zapatos.

Liusu se quedó parada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Siempre he querido ver la luna desde tu ventana. Se ve mejor desde esta habitación que desde la de al lado.

Así que la había llamado realmente aquella noche… ¡No había sido un sueño! Él la amaba. Ese hombre diabólico la amaba, ¡y así era como la trataba! Despechada, dio media vuelta y se dirigió al tocador. La delgada luna de finales de noviembre no era más que un simple gancho blanco, como escarcha en la

ventana. Sin embargo, reverberaba en el mar y su tenue reflejo atravesaba el cristal iluminando el espejo. Liusu se quitó lentamente la redecilla del cabello y se pasó la mano por el pelo, para soltarlo. Las horquillas cayeron al suelo con un tintineo. Se colocó de nuevo la redecilla, sujetando con rabia los extremos entre los labios apretados, antes de agacharse con el ceño fruncido a recoger una a una las horquillas.

Liuyuan, descalzo, se había acercado a ella por detrás. Le puso una mano en la cabeza, alzándole el rostro hacia el suyo, y la besó en la boca. La redecilla se deslizó y cayó al suelo. Era la primera vez que la besaba, pero ambos tuvieron la sensación de que no lo era, tantas eran las veces que lo habían imaginado. Habían tenido muchas ocasiones de hacerlo, en lugares y momentos adecuados; a él ya se le había pasado por la cabeza, y ella ya había temido esa posibilidad. Pero ambos eran personas calculadoras, todo lo planificaban cuidadosamente, y no habían querido arriesgarse. De repente, el beso se había hecho realidad, y ambos estaban aturdidos.

Liusu se sintió girar hasta quedar apoyada en el espejo, presionando con la espalda la superficie helada. Los labios de Liuyuan no abandonaron los suyos en ningún momento, mientras la empujaba contra el cristal azogado. Tuvieron la impresión de caer en su interior, de sumergirse en otro mundo, onírico, gélido y ardiente, un incendio abrasándoles el cuerpo.

Al día siguiente, Liuyuan le anunció que debía irse a Inglaterra al cabo de una semana. Liusu le pidió que la llevara con él, pero él dijo que no era posible. Le propuso alquilarle una casa en Hong Kong, donde podría vivir en espera de su regreso, algo más de un año después. También podría residir en Shanghai, si lo prefería.

Por supuesto, Liusu no tenía intención de regresar a Shanghai. Esa familia… cuanto más lejos estuviera, mejor. Sin duda se sentiría sola en Hong Kong, pero lo aguantaría. La cuestión era lo que sucedería a su regreso, si habría cambiado la situación o no, y eso dependería completamente de él. ¿Podría el amor de una semana retener su corazón? Pero, por otro lado, Liuyuan era un hombre voluble, y esos encuentros tan fugaces no le llegarían a cansar, lo que podría favorecerla. Una semana suele ser más memorable que un año entero… Ahora bien, si él volvía en su busca con el corazón lleno de cálidos recuerdos, ¡ella podría haber cambiado para entonces! Una mujer de edad cercana a la treintena puede ser delicada y encantadora, pero se marchita en un abrir y cerrar de ojos. En definitiva, conservar a un hombre a largo plazo sin la garantía del matrimonio era una tarea difícil y dolorosa, casi imposible. ¡Bueno, qué más daba! Reconocía que Liuyuan era encantador, que le proporcionaba maravillosos estímulos. Pero lo que ella buscaba, después de todo, era seguridad económica; y en ese aspecto, sabía que no tenía por qué preocuparse.

Encontraron una casa en Babington Path, situada en la ladera de la montaña. La pintaron, contrataron a una criada cantonesa llamada A Li, y solo les dio tiempo de amueblarla con lo más básico antes de que Liuyuan tuviera que irse. Del resto se ocuparía Liusu. Todavía no habían estrenado la cocina, por lo que ese atardecer de invierno, cuando lo acompañó al puerto, los dos tomaron apresuradamente unos bocadillos en el comedor del barco. Disgustada, Liusu bebió unas copas de más y se expuso a la brisa marina. Cuando regresó a casa, se sentía un poco ebria.

Cuando entró, A Li estaba en la cocina calentando agua para lavar los pies a su hijo, que vivía con ella. Liusu recorrió la casa entera, encendiendo todas las luces. La pintura verde de la puerta y la ventana de la sala de estar todavía no estaba seca, y lo comprobó tocándola con el índice y aplicándolo a la pared. Quedó una marca verde. Y ¿por qué no? ¿Acaso era ilegal? ¡Esa era su casa! Se echó a reír y dejó otra huella dactilar de un verde fresco en el amarillo diente de león de la pared.

Entró titubeante en la habitación contigua. Vacía. Una tras otra, todo un espacio limpio y vacante. Sentía que podía volar hasta el techo. Andar por el *parquet* totalmente despejado era como ir por el techo libre e inmaculado. Las habitaciones estaban demasiado desocupadas, no podía evitar llenarlas con la luz de las lámparas. Pero la luz no era suficiente, a ver si al día siguiente se acordaba de cambiar las bombillas por otras de mayor intensidad.

Subió las escaleras. Estaba bien ese vacío, necesitaba paz y quietud. Se sentía agotada. Ganarse a Liuyuan había supuesto un gran esfuerzo. Él siempre había tenido un carácter imprevisible. Particularmente con ella, que le había provocado sentimientos verdaderos, se mostraba muy ardiente. Así que tampoco estaba tan mal que se hubiera ido; de esa forma podría tomarse un respiro y relajarse. Ya no quería ver a nadie, ni a personas odiosas ni a personas adorables, a nadie. Desde que era pequeña, el suyo siempre había sido un mundo hacinado: empujándose, apretándose, pisándose; en brazos, a la espalda, viejos y jóvenes, gente por todas partes; unas veinte personas compartían la misma casa, hasta si te sentabas en tu cuarto para cortarte las uñas, había alguien observándote por la ventana. Ahora, por fin, había volado lejos de allí, a un lugar sin gente. De haber sido oficialmente la señora Fan, recaerían sobre ella todo tipo de responsabilidades, y seguiría rodeada de personas. Pero solo era la amante de Fan Liuyuan, oculta en la

sombra. Ella tenía que evitar a los demás, y los demás tenían que evitarla a ella. Tendría quietud y silencio, sí. Lástima que la gente fuera su único foco de interés; sus escasos conocimientos versaban sobre los demás; con esas pocas capacidades podría llegar a ser una nuera virtuosa y una madre atenta. Pero allí era como un guerrero sin territorio por el que luchar. Bien, pues a «llevar la casa». Pero si no tenía nada que administrar: cuidar de los niños, no, puesto que Liuyuan no quería tener hijos; ahorrar, tampoco, puesto que no había necesidad de preocuparse por el dinero. ¿Cómo iba a matar el tiempo por venir? ¿Ir a ver a la señora Xu para jugar al majong con ella? ¿Ver óperas locales y mantener relaciones clandestinas con algún actor? ¿Fumar opio, siguiendo el camino de las concubinas? Liusu se detuvo de repente, irguiendo el pecho y cruzando las manos con fuerza detrás de la espalda. ¡No llegaría a eso! Ella no era de esas, podía cuidar de sí misma. Pero… ¿podría evitar volverse loca? En la planta de arriba, tres habitaciones, una por un lado y dos por el otro; otras tres, igualmente, en la planta de abajo, con todas las luces encendidas. El *parquet* recién encerado brillaba como la nieve. Y no había un alma. Una habitación tras otra, de un vacío resonante… Liusu se echó en la cama. Quería levantarse a apagar las luces, pero era incapaz de moverse. Al cabo de un rato, oyó a A Li subir las escaleras con sus chanclos de madera y los chasquidos de los interruptores que iba apagando por el camino. Su estado de tensión nerviosa remitió por fin.

Eso había sido el 7 de diciembre de 1941. El 8 se iniciaron los bombardeos. Entre explosión y explosión, la niebla plateada de la mañana invernal fue disipándose lentamente. En los montes, en los valles, todos los habitantes de la isla miraban hacia el mar, diciendo: «Es la guerra, es la guerra». Nadie se lo podía creer, pero, efectivamente, era la guerra. Liusu, aislada en Babington Path, no se enteró de lo que estaba ocurriendo hasta que A Li la despertó, presa de pánico, tras haberse informado en las casas del vecindario. Para entonces la lucha se había recrudecido. Cerca de allí había un centro de investigaciones científicas en cuya azotea se instaló un cañón antiaéreo. Sus proyectiles pasaban silbando constantemente, antes de caer y estallar. Estos silbidos incesantes hendían el aire y rasgaban los nervios. El cielo azul claro quedó hecho jirones que ondeaban al viento invernal, en el que también flotaban trizas de nervios destrozados.

Las habitaciones de la casa de Liusu estaban vacías, su corazón estaba vacío y, como no había aprovisionado la alacena, su estómago también estaba vacío. «En cueva vacía se cuela el viento», y sintió con especial agudeza las punzadas del miedo. Trató de llamar a los Xu en Happy Valley, pero no pudo comunicarse con ellos, porque todas las personas que disponían de un teléfono estaban llamando para saber qué barrio sería el más seguro y refugiarse allí. Hasta la tarde no consiguió que la conectaran, pero el teléfono sonó y sonó sin que nadie respondiera. El señor y la señora Xu debían de haber huido a algún lugar más seguro. Liusu no sabía qué hacer. El fuego de artillería se intensificó. El cañón antiaéreo cercano a su casa se había convertido en el foco de atención de los aviones que sobrevolaban en círculos cual moscas, zumbando dolorosamente como el taladro de un dentista que perforara el alma. A Li estaba sentada en el umbral de la sala de estar, con su hijo llorando en brazos. Parecía aturdida, meciéndose mientras canturreaba como en sueños para arrullar al niño. De nuevo silbaron los disparos. Un proyectil fue a dar en un alero provocando un pequeño derrumbe. A Li lanzó un chillido y corrió hacia la puerta con el niño. Liusu la alcanzó en la entrada.

—¿Adónde vas? —preguntó, agarrando con firmeza a la mujer.

—¡No podemos quedarnos, es peligroso! Yo… voy a llevarlo a las alcantarillas, allí nos refugiaremos.

—¡Estás loca! —exclamó Liusu—. ¡Si sales os matarán!

—¡Déjeme ir! Este niño… es lo único que tengo… no puedo dejarlo morir… vamos a ir a refugiarnos en las alcantarillas… —repetía sin parar A Li.

Liusu intentó retenerla con todas sus fuerzas, pero A Li la empujó y la tiró al suelo, momento que ella aprovechó para huir. En ese instante, con un estallido que estremeció cielo y tierra, el mundo entero se volvió negro, como si la tapa de un baúl gigante se hubiera abatido de golpe, encerrando en su interior innumerables penas y sinsabores.

Liusu se creyó muerta. Pero, para su sorpresa, seguía viva. Abrió los ojos y vio el suelo cubierto de fragmentos de vidrio y destellos de sol. Con mucho esfuerzo, logró ponerse en pie. Salió en busca de A Li. La criada tenía la frente apoyada en la pared de cemento de la entrada y estrechaba con fuerza al niño contra su pecho. Se había quedado aturdida por la explosión. Liusu tiró de ella para que entrara. Fuera se oyeron gritos: había caído una bomba en la casa de al lado, dejando un gran cráter en el jardín. Debido al fragor, se había cerrado la tapa del baúl, pero los ruidos continuaron. Los disparos se sucedían sin cesar, como martillazos hundiendo clavos en la tapa del baúl, desde el amanecer hasta el anochecer, desde el anochecer hasta el amanecer.

Liusu también se acordó de Liuyuan. Se preguntó si su barco habría podido salir del puerto, o si lo habrían hundido. Pero lo recordaba vagamente, como si perteneciera a otro mundo. Su presente parecía ya

no tener conexión alguna con su pasado, al igual que una canción en la radio, interrumpida por interferencias debidas al mal tiempo, al reanudarse la transmisión puede haber acabado y haber dejado de sonar.

Al día siguiente, después de compartir con A Li y su hijo las últimas galletas que quedaban en la caja de lata, Liusu se sintió al borde de un ataque de nervios. Cada bomba que pasaba silbando era como una bofetada en la cara. Fuera, se oyó el rugido de un camión militar al aproximarse. El vehículo se detuvo inopinadamente ante su puerta. Sonó el timbre. Liusu misma fue a abrir. Era Liuyuan. Enseguida lo cogió de la mano, lo agarró con fuerza del brazo, del mismo modo que A Li se aferraba a su hijo. Pero al precipitarse hacia delante, se golpeó la cabeza contra la pared del porche.

Liuyuan le sostuvo el rostro.

—Te has asustado mucho, ¿verdad? Tranquila, tranquila —dijo apresuradamente—. Ve a recoger lo indispensable y vámonos al Repulse Bay. ¡Date prisa, rápido!

Liusu entró corriendo, titubeante.

—¿Es segura la bahía?

—Dicen que no desembarcarán por allí. Además en el hotel no habrá problema de comida, cuentan con grandes reservas de alimentos.

—Y tu barco…

—El barco no pudo zarpar. La compañía envió a los pasajeros de primera clase al Repulse Bay. Intenté venir a recogerte ayer, pero no pude conseguir ningún coche, y los autobuses estaban tan abarrotados que no había manera de subir. Hoy, por fin, he podido conseguir este camión.

Incapaz de tranquilizarse lo suficiente como para preparar una maleta, Liusu envolvió cuatro cosas en un hatillo. Mientras, Liuyuan pagó a A Li dos meses de sueldo y le pidió que vigilara la casa. Momentos después, ambos se metieron en el camión, tendidos boca abajo uno junto a otro en el remolque de mercancías, cubierto con hule verde caqui. Con las sacudidas del trayecto, se rasgaron los codos y las rodillas.

—Estos bombardeos, ¡cuántas historias habrán dejado inconclusas! —suspiró Liuyuan.

Liusu también se sintió triste. Después de un largo rato dijo:

—Si te hubieran matado, mi historia habría terminado. Si hubiera muerto yo, tú todavía tendrías una larga historia por delante.

—¿Ibas a guardar luto por mí? —bromeó Liuyuan.

Ambos estaban con los nervios a flor de piel, y se echaron a reír sin motivo, a carcajadas, sin poder parar. Cuando finalmente callaron, estaban temblando de pies a cabeza.

El camión llegó a la bahía atravesando una lluvia de balas. La planta baja del hotel estaba ocupada por el ejército, a pesar de lo cual la pareja pudo quedarse en su antigua habitación del primer piso. Una vez instalados, descubrieron que las ricas reservas de alimento estaban exclusivamente destinadas a los soldados: además de conservas de leche, carne de vaca, cordero y fruta, había también sacos y sacos de pan, blanco e integral; pero a los civiles solo les distribuían dos galletas de soda, o dos terrones de azúcar, por comida, así que todos estaban muertos de hambre.

Durante los primeros dos días reinaba cierta calma en la bahía. Pero la situación en la zona cambió de repente y el conflicto se avivó. No había ningún lugar en la primera planta que pudiera servir de refugio, por lo que tuvieron que bajar todos al comedor. Delante de las puertas acristaladas de la estancia, abiertas de par en par, se apilaban sacos de arena a modo de barricada. Las tropas británicas habían instalado allí sus cañones para disparar hacia fuera. Cuando los buques de guerra fondeados en la bahía descubrieron el origen de los tiros, empezaron a responder. Las balas se entrecruzaban por encima de las palmeras y del surtidor. Liuyuan y Liusu, al igual que los demás, permanecían con la espalda pegada a la pared, formando un fondo oscuro, como una antigua alfombra persa cubierta de motivos que representaran todo tipo de personajes: caballeros, princesas, jóvenes letrados, hermosas doncellas. Colgada de una caña de bambú, como golpeada con fuerza al viento, para sacudirle el polvo: los personajes del dibujo se veían vapuleados, sin tener adónde ir. Según de dónde vinieran las balas, corrían hacia un lado o hacia el otro. Las paredes de la sala quedaron enteramente agujereadas, una de ellas con un boquete; ya no había donde protegerse. Solo quedaba sentarse en el suelo a esperar el destino.

En ese momento, Liusu lamentaba tener a Liuyuan a su lado: una persona con dos cuerpos corre el doble de peligro. Cualquier bala que no la alcanzara a ella, podría alcanzarlo a él. Si él moría o quedaba inválido, no se atrevía ni a imaginar en qué situación quedaría ella. Y si ella resultaba herida, no tendría más opción que pedir que la sacrificaran, con el fin de evitar ser una carga para él. Pero no sería una muerte limpia y simple como la de alguien que muere solo. Sentía que Liuyuan pensaba lo mismo. De otras cosas no estaba

segura, pero en ese momento sabía con certeza que solo lo tenía a él, y él solo la tenía a ella.

Los combates cesaron. Los hombres y mujeres que habían quedado atrapados en el hotel fueron regresando a la ciudad. Pasaron por los acantilados, primero de tierra amarilla y luego de tierra roja, luego nuevamente de tierra roja y luego amarilla. Casi tenían la sensación de haberse perdido o de estar yendo en círculos. Pero no; en esa carretera había un cráter de obús lleno de escombros que no habían visto antes.

Liuyuan y Liusu hablaban muy poco. Antes, en cualquier trayecto en coche, conversaban tan animadamente como en una fiesta; pero ahora, recorriendo a pie juntos tantos kilómetros, no tenían nada que decirse. Ocasionalmente uno de ellos iniciaba una frase, pero a las pocas palabras el otro ya sabía lo que iba a decir, y no había necesidad de terminarla.

—Mira la playa —dijo Liuyuan.

—Sí —contestó Liusu.

La playa estaba cubierta de alambradas rotas, atravesadas aquí y allá. Al otro lado, el mar blanquecino sorbía y escupía la pálida arena. El cielo despejado de invierno también era de un azul desvaído. Ya había pasado la época de floración de los flamboyanes.

—El muro… —dijo Liusu.

—No hemos ido siquiera a ver si sigue allí —contesto él.

—Déjalo —suspiró.

Liuyuan se sintió acalorado por la caminata. Se quitó el abrigo y se lo colgó del antebrazo, también sudado.

—No aguantas el calor —dijo Liusu—. Deja que te lo lleve yo.

Antes, Liuyuan no habría aceptado de ninguna manera, pero había dejado de mostrarse tan caballeroso y se lo entregó. Continuaron caminando un tramo más. Las montañas empezaron a ser más altas. Ya fuera por el viento que soplaba en los árboles o por las sombras de las nubes que se movían, las laderas de color amarillo verdoso fueron oscureciéndose. Fijándose un poco, vieron que no era cosa del viento ni de las nubes, sino que el sol había ido deslizándose tras la cima, convirtiendo la ladera en una inmensa sombra azulada. Varias casas ardían en la montaña —humo blanco en la umbría, humo negro en la solana—, mientras el sol proseguía lentamente su descenso.

Al llegar a casa, empujaron la puerta entreabierta, y una bandada de palomas salió con gran revuelo. El vestíbulo estaba cubierto de polvo y excrementos de ave. Liusu se dirigió a la escalera y dejó escapar un grito de sorpresa. Los baúles que había comprado recientemente estaban tirados por el suelo en el piso de arriba, abiertos, dos de ellos volcados en la escalera, al pie de la cual yacían en un montón informe prendas de seda y gasa cubriendo los primeros peldaños. Liusu se agachó y cogió un *qipao* de color miel forrado de felpa, pero no era suyo. Tenía manchas de sudor, quemaduras de cigarrillos y olía a perfume barato. Encontró otras muchas cosas pertenecientes a mujeres desconocidas —revistas rotas, una lata de lichis abierta, chorreando de almíbar—, mezcladas con su ropa. ¿Habían acampado allí los militares? ¿Soldados ingleses con mujeres? Parecía que habían abandonado la casa a toda prisa. Los indigentes de la ciudad que saqueaban las casas no habían pasado por allí; de lo contrario, no habría quedado nada. Liuyuan y ella llamaron a A Li a voces, pero al final solo salió una paloma gris, que atravesó en vuelo oblicuo el sol amarillo de la entrada y se alejó.

A Li se había ido, a saber adónde. Pero con o sin ella, los dueños de la casa tenían que seguir viviendo. Sin detenerse en arreglar la casa, fueron primero en busca de comida. Tras muchos apuros, consiguieron un saco de arroz a un precio carísimo. Por fortuna, el suministro de gas no había sido cortado, pero no había agua corriente. Liuyuan cogió un cubo de zinc y fue al monte a por agua de manantial para cocer el arroz. En los días siguientes, se dedicaron exclusivamente a preparar la comida o a limpiar la casa. Liuyuan podía hacer frente a todo tipo de tareas manuales como barrer, fregar o ayudar a Liusu a escurrir las pesadas sábanas de la colada. En cuanto a ella, en la primera comida que preparó, consiguió dar a sus platos un sabor que recordaba a la cocina de Shanghai. Y, como Liuyuan añoraba la comida malaya, Liusu aprendió también a hacer *satay* y pescado al curry. A pesar de ese interés sin precedentes por la comida, se esforzaban en ahorrar. A Liuyuan no le quedaban demasiados dólares de Hong Kong, por lo que tendrían que regresar a Shanghai tan pronto como pudieran conseguir embarcar.

En cualquier caso, permanecer en Hong Kong después de semejantes calamidades no podía constituir un proyecto viable. Los días transcurrían veloces con tanto ajetreo para salir adelante. Pero, al caer la noche, en esa ciudad muerta, sin luz, sin voces, solo se oía, incesante, el viento gélido con sus tres tonos de lamento —ooohhh… aaahhh… uuuhhh…— relevándose como tres oscuros dragones: apenas cesaba uno, reanudaba el siguiente, y así sucesivamente, sin que se les viera nunca la cola —ooohhh… aaahhh… uuuhhh…—. Luego ya no quedaba nada, ni dragones siquiera, solo una corriente vacua, un puente de pura

nada hacia la oscuridad, al vacío de vacíos, donde todo se había acabado. Donde tan solo algún resto de muro quedaba en pie entre las ruinas. Donde el hombre civilizado, sin memoria, andaba a tientas en las tinieblas crepusculares, en busca de algo, aunque en realidad no quedaba nada.

Envuelta en su edredón, Liusu permanecía sentada en la cama escuchando el viento lúgubre. Sabía con seguridad que, cerca de la bahía, el muro de ladrillo gris seguía de pie, alto e imponente. El viento calló, como si los tres dragones grises se hubieran posado, enroscados, en lo alto del muro y sus escamas plateadas lanzaran destellos a la luz de la luna. Le parecía estar soñando que volvía al pie de ese muro, veía venir a Liuyuan, por fin volvían a encontrarse…

En esos tiempos de zozobra, nada era fiable: el dinero, las propiedades, nada de lo que parecía tener que durar para siempre. Lo único fiable era su respiración; también el hombre que dormía a su lado. De pronto, se acercó a él y lo abrazó a través del edredón. Él sacó una mano por debajo y cogió la suya. Se miraron y se vieron con meridiana lucidez. Fue un breve instante de comprensión absoluta, pero suficiente para que vivieran juntos en armonía durante años.

Él solo era un hombre egoísta, y ella una mujer egoísta. En esa época de guerra y de caos, no había lugar para los individualistas, pero sí para una pareja corriente.

Un día, estaban haciendo la compra cuando se encontraron con la princesa Sahayini. Tenía la tez macilenta, las trenzas despeinadas sujetas en un moño encrespado. Llevaba puesta una túnica de algodón azul oscuro sacada de a saber dónde, aunque en los pies seguía luciendo unas babuchas indias de cuero, bordadas con incrustaciones. Les estrechó la mano calurosamente, preguntándoles dónde vivían, y dijo estar deseosa de visitar su nueva casa. Luego se fijó en que en la cesta de Liusu había pequeñas ostras sin concha, y pidió a Liusu que le enseñase a hacer sopa de ostras al vapor. Sin pensarlo dos veces, Liuyuan la invitó a una comida sencilla, y ella, encantada, los acompañó a casa. Su inglés estaba prisionero en un campo de concentración, y ella vivía en casa de un conocido suyo, un policía indio que la enviaba a hacer pequeños recados de cuando en cuando. Llevaba tiempo pasando hambre.

Llamaba a Liusu «señorita Bai».

—Es mi esposa. ¡Deberías felicitarme!

—¿De verdad? ¿Cuándo os casasteis?

—Solo publicamos un anuncio en el periódico chino —contestó Liuyuan encogiéndose de hombros—. Ya sabes, las bodas en tiempos de guerra son siempre un poco rudimentarias…

Liusu no entendió su conversación en inglés. Sahayini los felicitó con un beso, primero a él, luego a ella. La comida fue muy frugal, y Liuyuan aclaró que muy rara vez se permitían tomar sopa de ostras. Sahayini no volvió a visitarlos jamás.

Después de acompañar a su invitada hasta la puerta, Liusu se quedó en el umbral, y Liuyuan detrás de ella.

—Dime, ¿cuándo nos casamos? —preguntó él poniendo las manos sobre las de ella.

Callada, Liusu inclinó la cabeza y dejó que se le escaparan las lágrimas.

—Venga —dijo cogiéndola de la mano—, vamos hoy mismo al periódico para poner un anuncio. A menos que prefieras esperar un poco hasta que volvamos a Shanghai y celebrarlo por todo lo alto, invitando a toda la familia…

—¡Uf, no lo merecen! —exclamó Liusu, riendo.

Se echó hacia atrás y se apoyó en él.

—¡Lloras y ríes a la vez! —dijo Liuyuan pellizcándole la cara, burlón.

Fueron andando a la ciudad. Al doblar una de las curvas, la carretera se precipitaba bruscamente hacia abajo. Ante sus ojos se abría un inmenso vacío —un cielo húmedo, gris de aguada—. Perpendicular a una pequeña puerta de hierro colgaba un rótulo esmaltado en el que se leía «Dr. Zhao Xiangqing, dentista». El viento hacía chirriar el gancho del letrero, tras el cual no había más que la inmensidad del cielo.

Liuyuan se detuvo un buen rato a contemplarlo. Sobrecogido por el terror que inspiraba esa escena desangelada, se estremeció de repente.

—Ahora tienes que creerme —dijo—. «En la vida, en la muerte, en la distancia…», ¿acaso podemos decidir? Basta tener mala suerte en un bombardeo…

—¿Me estás diciendo otra vez, en un momento como este, que no puedes decidir? —le reprendió Liusu.

—No es que quiera echarme atrás —se defendió Liuyuan riendo—. Quería decir que… —Sonrió al ver la expresión de Liusu—. De acuerdo, me callo.

Prosiguieron su camino.

—Parece mentira, ¡pero nos queremos de verdad!

—Hace tiempo ya dijiste que me amabas.

—Eso no cuenta. En ese momento estábamos demasiado ocupados en enamorarnos, ¿cómo íbamos a tener tiempo para querernos de verdad?

Cuando se publicó el anuncio de la boda en el periódico, el señor y la señora Xu enseguida acudieron para felicitarlos. Liusu se sentía algo molesta con ellos desde el sitio de la ciudad, cuando se habían trasladado a un lugar seguro sin preocuparse en absoluto por ella. Pero tenía que recibirlos con una sonrisa. Liuyuan compró vino y comida, y los invitó a una celebración tardía. No mucho después, se restableció la comunicación entre Hong Kong y Shanghai, y entonces volvieron a Shanghai.

Liusu solo regresó una vez a la residencia de los Bai, por temor a las riñas (eran demasiadas lenguas…). Aun así, los conflictos fueron inevitables: la Cuarta Cuñada había decidido divorciarse del Cuarto Señor, y todo el mundo culpaba a Liusu a sus espaldas: se había divorciado y se había vuelto a casar con un éxito que llamaba la atención, así que no era de extrañar que sus allegadas quisieran seguir su ejemplo. Liusu estaba en cuclillas a la luz de la lámpara, encendiendo una espiral de incienso antimosquitos. Al recordar a la Cuarta Cuñada, sonrió.

Liuyuan había dejado de provocarla, reservándose sus chistes para las demás mujeres. Era buena señal, valía la pena celebrarla, porque indicaba que la consideraba parte de su familia, su auténtica y legítima esposa. Aun así, aquello le producía cierto desaliento.

La caída de Hong Kong le había permitido salir victoriosa. Pero en un mundo ilógico, ¿quién podía decir cuál era la causa y cuál el efecto? ¿Para que ella pudiera realizarse, una gran ciudad había tenido que caer? Muchos miles de personas habían muerto, muchos miles sufrían, luego vendrían grandes reformas que sacudirían cielo y tierra… Pero a Liusu no le parecía que hubiera tenido una influencia sutil en la historia. Se levantó risueña, y empujó con el pie el plato del incienso para deslizarlo debajo de la mesa.

Las bellas damas legendarias por cuyo amor se destruían ciudades y estados probablemente eran así.

Había leyendas semejantes en todas partes, pero no necesariamente tenían un desenlace tan feliz.

Al vaivén del arco, lanzando su chirriante lamento en la noche de diez mil luces, un *huqin* contaba una historia interminable y melancólica… ¡Pero mejor no entrar en ella!

Bloqueados

El conductor de tranvía conducía su tranvía. Bajo un sol abrasador, los rieles brillaban como dos lombrices relucientes que se deslizaran a flor de agua, estirándose, contrayéndose, una y otra vez, larguísimas lombrices, cimbreantes y resbaladizas que serpenteaban sin fin, sin fin… El conductor mantenía la mirada fija en esos dos carriles ondulantes, sin volverse loco.

El tranvía habría podido circular para siempre, de no haberse visto atrapado en la zona acordonada. El bloqueo había empezado. Se anunció mediante una campanilla, ding, ding, ding, ding… Cada ding era un punto diminuto y frío que, creando una línea discontinua con los demás, separaba el espacio del tiempo.

El tranvía se detuvo. Los transeúntes, en cambio, echaron a correr: los que iban por la izquierda se precipitaron hacia la derecha, los que iban por la derecha se precipitaron hacia la izquierda. Todas las tiendas cerraron sus rejas con estrépito. Unas mujeres tiraban frenéticamente de los barrotes, gritando:

«¡Déjenos entrar un rato, voy con un niño!», «¡Voy con una persona mayor!».

Pero las puertas seguían firmemente cerradas. Los de dentro y los de fuera se miraban con los ojos muy abiertos, llenos de mutuo temor.

En el tranvía reinaba cierta calma. Tenían donde estar sentados, y aunque el equipamiento del vehículo era sencillo y escaso, las condiciones eran mejores que las de las casas de la mayoría de los pasajeros.

Poco a poco el silencio fue adueñándose de la calle. No era un silencio completo, pero las voces iban amortiguándose, tenues como el susurro de una almohada rellena de fibra de carrizo, como si se oyeran en sueños. La enorme ciudad dormitaba al sol con la cabeza pesadamente apoyada en los hombros de sus habitantes, humedeciéndoles la ropa con la saliva que se deslizaba de su boca. Un peso inconcebiblemente colosal los aplastaba a todos. Nunca antes Shanghai había parecido tan silenciosa —¡y en pleno día!—. Aprovechando la quietud, un mendigo levantó la voz y se puso a cantar.

—Buen señor, buena señora, amable señorita, tengan piedad, una limosna para este pobre hombre. Buen señor, buena señora…

Pero no perseveró, intimidado por la inusitada calma.

Entonces otro mendigo más audaz, un hombre de Shandong, rompió con resolución el silencio.

—¡Ay de mí, qué desdichado! ¡Sin dinero y desamparado! —cantó con voz plena y vibrante.

Era una canción tradicional, transmitida de generación en generación. Contagiado por la cadencia melódica, el conductor de tranvía, que también era de Shandong, dejó escapar un largo suspiro, se apoyó en la puerta del tranvía con los brazos cruzados y coreó:

—¡Ay de mí, qué desdichado! ¡Sin dinero y desamparado!

Una parte de los pasajeros se bajó del tranvía. Entre los restantes, algunos intercambiaron unas cuantas frases. Sentados junto a la puerta, unos compañeros de oficina que volvían a casa reanudaron la conversación interrumpida.

—En definitiva, no hay gran cosa que reprocharle; el problema es que no tiene don de gentes —concluyó uno abriendo su abanico de un chasquido.

—¿Que no tiene don de gentes? —dijo el otro tras resoplar con sorna—. ¡Pues bien que sabe dar coba a los de arriba!

De pie en mitad del tranvía, un matrimonio de mediana edad con aspecto de ser hermano y hermana iba agarrado a los asideros de cuero.

—¡Cuidado! —exclamó ella de repente—. ¡No vayas a mancharte el pantalón!

Sobresaltado, él levantó el pringoso paquete de pescado frito que llevaba en la mano, procurando mantenerlo, escrupulosamente, a unos cinco centímetros de su traje de corte occidental.

—¡Con lo que cuesta hoy en día la limpieza en seco! —siguió mascullando ella—. ¡O mandar hacer un

pantalón!

Al ver el paquete de pescado desde un asiento del rincón, Lu Zongzhen, contable del banco Huamao, pensó en los bollos al vapor rellenos de espinacas que su esposa le había encargado comprar en un puesto de fideos cercano a la oficina. ¡Las mujeres son así! Los bollos que se venden en las callejuelas más recónditas y tortuosas tienen que ser por fuerza los más baratos y los mejores. A ella ni se le había pasado por la cabeza ponerse en su lugar —un hombre pulcramente trajeado, con gafas de carey y maletín de cuero, recorriendo las calles con su humeante paquete de bollos recién hechos envueltos en papel de periódico, quemándole la mano, ¡qué ridículo!—. Aunque, bien pensado, si se quedaban bloqueados muchas horas y no llegaba a casa para la cena, al menos los bollos rellenos tendrían su utilidad.

Echó un vistazo a su reloj: eran solo las cuatro y media. ¿Sería solo sugestión? El caso es que ya tenía hambre. Levantó discretamente una de las esquinas del papel de periódico que servía de envoltorio y atisbó su interior. Allí estaban, uno junto al otro, blancos como la nieve, exhalando vapor con suave aroma a aceite de sésamo. Un pedazo de periódico se había quedado adherido a los bollos; lo despegó con precaución. La tinta se había transferido a la masa dejando caracteres invertidos, como reflejados en un espejo. Bajó la cabeza para tratar de descifrarlos pacientemente: «Obituarios… Ofertas de trabajo… Movimientos del mercado de valores… Estreno de la obra…», expresiones convencionales que, a saber por qué, impresas en los bollos, se convertían en bromas. Quizás porque comer era un asunto demasiado serio y, en comparación, todo lo demás resultaba irrisorio. A Lu Zongzhen también le parecieron grotescas, pero no se rio: era un tipo que sabía comportarse. Pasó de lo impreso en los bollos a lo impreso en el envoltorio. Cuando hubo leído la media hoja de periódico viejo, se detuvo, porque, si la giraba, se le caerían los bollos.

Al verlo leer el periódico, todo el autobús lo imitó. Los que llevaban un diario lo leían; y los que no, se ponían a mirar facturas, reglamentos o tarjetas de visita. Los que no disponían de nada impreso, leían los rótulos de la calle. De alguna manera tenían que llenar ese vacío aterrador; de lo contrario, sus cerebros podrían activarse. Y pensar era doloroso.

El único que no leía era el viejo que iba sentado frente a Lu Zongzhen, que hacía rodar con ruido monótono dos nueces relucientes que llevaba en la palma de la mano: sustituía la reflexión mental con ese pequeño gesto cadencioso y sistemático. El viejo tenía la cabeza afeitada, la tez cobriza y el rostro brillante. Con las arrugas, toda su cabeza parecía una nuez, y su cerebro la semilla del fruto, dulce, ligeramente jugoso, pero sin mucho interés.

A su derecha estaba sentada Wu Cuiyuan, que tenía aspecto de joven señora cristiana, solo que todavía no estaba casada. Vestía un *qipao* de muselina blanca con un estrecho ribete azul marino que, sobre el fondo blanco, parecía una esquela. Llevaba un pequeño parasol a cuadros blancos y azules. Su peinado era muy común, como si la joven temiera llamar la atención, a pesar de que, en ese sentido, no corría ningún peligro. No era fea, pero la suya era una especie de belleza incierta, una belleza que pareciera cuidarse siempre de no ofender. Todo en su rostro era desvaído, flojo, sin contornos: ni su propia madre habría podido decir si tenía la cara ovalada o redonda.

En casa, era buena hija; en la escuela, había sido buena alumna. Después de licenciarse en la universidad, se había quedado en la facultad como profesora de inglés, y en ese momento, mientras duraba el bloqueo, quería aprovechar para corregir ejercicios. El primero era de un alumno que arremetía contra los males de la gran ciudad, vituperando con ira justiciera y lenguaje torpe y de corrección gramatical dudosa a las «prostitutas de labios pintados… el Great World… los sórdidos bares y salones de baile». Cuiyuan reflexionó unos instantes, sacó el lápiz rojo y calificó la redacción con una A. Normalmente, ponía la nota y ya estaba. Pero ese día disponía de demasiado tiempo para pensar, y no pudo evitar preguntarse por qué había puesto a este alumno una nota tan alta. No tenía por qué dar vueltas a esa cuestión, pero, al hacerlo, su rostro enrojeció. De pronto comprendió que se debía a que este estudiante era el único varón que se había atrevido a plantearle sin reservas esos temas.

Él la trataba como a una persona experimentada y de mundo; la trataba como a un hombre, como a un amigo de confianza. La tenía en alta estima. En la universidad, Cuiyuan sentía que todos la menospreciaban, desde el rector hasta los bedeles, pasando por los profesores y alumnos… Particularmente los estudiantes, que protestaban con indignación.

—Esta universidad es un desastre, cada día peor. Que una china nos enseñe inglés ya es poco ortodoxo. ¡Pero es que, para colmo, ni siquiera ha estado en el extranjero!

Cuiyuan era objeto de reproches en la facultad y en casa. La de los Wu era una familia ejemplar, moderna y de tradición cristiana. Sus padres habían animado con todas sus fuerzas a su hija a que estudiara con afán, que fuera ascendiendo paso a paso, hasta que llegó a la cumbre… ¡Una chica de poco más de veinte años enseñando en la universidad! Todo un récord en realización profesional femenina. Pero sus

padres habían ido perdiendo el entusiasmo por ella; habrían preferido que hubiera sido menos estudiosa con tal de que hubiera tenido tiempo para encontrarles un yerno rico.

Era buena hija, y también buena estudiante. Toda su familia era buena gente. Cada día se bañaban, leían el periódico y, cuando encendían la radio, nunca era para escuchar música o farsas tradicionales de Shanghai, óperas de Pekín ni nada de ese estilo. En cambio, las sinfonías de Beethoven o de Wagner las escuchaban aunque no las entendieran. En este mundo hay más gente de bien que gente de verdad… Cuiyuan no era feliz.

La vida era como la Biblia, que había sido traducida del hebreo al griego, del griego al latín, del latín al inglés, del inglés al mandarín. Y cuando Cuiyuan la leía, la traducía mentalmente del mandarín al shanghainés. Los malentendidos surgían inevitablemente.

Cuiyuan dejó la redacción y apoyó la barbilla en las manos. El sol ardiente le calentaba la espalda.

Sentada al lado de Cuiyuan, había una niñera con un niño pequeño en el regazo. Los pies del niño presionaban con fuerza el muslo de Cuiyuan. Unos zapatitos rojos de tela adornados con sendas cabezas de tigre en el empeine envolvían esos pies tiernos y firmes… Eso, al menos, era de verdad.

Un estudiante de medicina que también se encontraba en el tranvía había sacado un cuaderno de dibujo e iba retocando minuciosamente un esquema del esqueleto humano. Los demás pasajeros pensaban que estaba bosquejando al hombre que dormitaba frente a él y, como no tenían nada más que hacer, fueron uno tras otro a mirar cómo hacía el retrato, de dos en dos, de tres en tres, unos con las manos en la cintura, otros con las manos a la espalda.

—¡No soporto estas nuevas corrientes del cubismo o el impresionismo que se estilan tanto hoy en día! —susurró a su esposa el hombre del paquete de pescado.

—¡Tu pantalón! —le contestó ella al oído.

El estudiante de medicina iba escribiendo con meticulosidad el nombre de cada hueso, cada nervio, cada músculo y ligamento en el lugar correspondiente.

—Influencia del arte chino —explicó en voz baja uno de los oficinistas a un colega, ocultándose la boca con el abanico abierto—. Ahora, en la pintura occidental también está de moda añadir algo escrito. ¡El oeste se empapa de orientalismo!

Lu Zongzhen no se unió a los mirones; permaneció en su asiento, solo. Decidió que tenía hambre. Como todo el mundo se había alejado, podría tomarse cómodamente sus bollos rellenos de espinacas. Pero al levantar la mirada, atisbó a un pariente en el vagón de tercera, hijo de una prima materna de su esposa. Detestaba a ese Dong Peizhi. Era un hombre de origen humilde que albergaba grandes ambiciones: aspiraba a casarse con alguna joven de familia algo acomodada que le sirviera de trampolín en su ascenso a las altas esferas. Peizhi ya se había fijado en la hija mayor de Lu Zongzhen, que acababa de cumplir trece años, y se había hecho ilusiones, de modo que había empezado a menudear sus visitas.

—¡Maldición! —exclamó Zongzhen para sus adentros, temiendo que, al verlo, el otro aprovechara esa ocasión de oro para lanzar una nueva ofensiva. ¡No quería ni imaginar lo que sería estar encerrado con ese Dong Peizhi el tiempo que durara el bloqueo!

Recogió a toda prisa su maletín y sus bollos, y pasó como una exhalación a un asiento de la fila opuesta. Oportunamente sentada a su lado, Wu Cuiyuan le hacía las veces de eficaz escudo, impidiendo que su sobrino lo viera.

Cuiyuan volvió la cabeza y le lanzó una mirada reprobadora. ¡Diantre! Esa mujer debía de creer que él —que se había cambiado de asiento sin motivo aparente— tenía alguna intención inconfesable. Reconoció la típica expresión de las mujeres al sentirse objeto de un atrevimiento deshonesto: el rostro totalmente rígido, sin un atisbo de sonrisa ni en los ojos ni en los labios, ni siquiera en los pequeños surcos a cada lado de la nariz. No obstante, en alguna parte, sin que se pudiera precisar dónde, se adivinaba el tenue aleteo de una leve sonrisa que podía aparecer en cualquier momento. Cuando alguien se siente irresistible, no puede evitar sonreír.

¡Demonios! Dong Peizhi lo había visto y se dirigía humildemente al coche de primera clase, haciéndole reverencias desde lejos, con su cara alargada y enrojecida, y su larga túnica gris que recordaba a la de un monje: un joven casto, trabajador y sufrido, un yerno ideal. Zongzhen pensó con rapidez y decidió adaptarse a la situación, sacarle partido para salir del paso. De modo que apoyó un brazo en el saliente de la ventana que había detrás de Cuiyuan, declaración tácita de su intención de flirtear. Sabía que con esto no espantaría a Dong Peizhi y que no conseguiría hacerlo retroceder, porque el joven siempre lo había considerado un viejo capaz de cualquier atrocidad. A los ojos de Peizhi, cualquier persona mayor de treinta años era vieja, y todo viejo estaba lleno de vicios. Cuando presenciara ese comportamiento tan vil, Peizhi no podría menos que ir a contárselo a su esposa con todo detalle. Pero bueno, ¡tampoco estaba mal que su

mujer se enfadara! ¡Quién le mandaba endosarle un sobrino así! ¡Que se enfadara, lo tenía merecido!

No le gustaba demasiado la mujer que se sentaba a su lado. Tenía los brazos blancos, eso sí, pero eran como dentífrico saliendo del tubo. Todo su cuerpo parecía extraído de un tubo de pasta de dientes, sin formas definidas.

—¿Cuándo se terminará el bloqueo? —le dijo en voz baja, sonriendo—. ¡Es una pesadez!

Cuiyuan se sobresaltó. Volvió la cabeza para mirarlo y descubrió que el hombre tenía un brazo extendido detrás de ella. Todo su cuerpo se puso rígido. En cualquier caso, Zongzhen ya no podía permitirse retirarlo. Su sobrino lo observaba con ojos brillantes, penetrantes, y sonrisa comprensiva. Si en ese instante Zongzhen lo hubiera mirado a los ojos, quién sabe, puede que el muy granuja hubiera bajado la cabeza, tímido como una doncella; o que le hubiera guiñado el ojo.

Apretando los dientes, Zongzhen lanzó un nuevo ataque.

—También te aburres, ¿verdad? Podríamos charlar un poco, ¡no hay nada malo en ello! ¡Vamos… vamos a charlar! —dijo sin poder evitar que su tono fuera suplicante.

Cuiyuan se sobresaltó de nuevo y le lanzó una mirada. Zongzhen recordó que la había visto subir al tranvía. Había sido un momento muy teatral, una imagen llamativa, pero el efecto había sido puramente casual, sin que pudiera atribuírsele a ella.

—¿Sabes?, te he visto subir al tranvía —dijo en voz baja—. En la ventana de la parte delantera había un cartel publicitario con un trozo arrancado, y por ese agujero te he visto la cara de perfil, solo un poco de la barbilla.

Era un anuncio de leche en polvo Nestrovit en el que aparecía un bebé regordete. Por debajo de la oreja del niño había surgido la barbilla de esa mujer; bien pensado, la escena daba cierto miedo.

—Luego has bajado la cabeza para buscar dinero en el bolso. Entonces te he visto los ojos, las cejas y el cabello.

Mirada por partes, había que reconocer que tenía su encanto.

Cuiyuan se rio. Nunca habría imaginado que de la boca de ese hombre pudieran salir esos halagos, ¡si tenía el aspecto de un hombre de negocios serio y respetable! Volvió a echarle un vistazo. A la luz del sol, el tabique de la nariz se veía rojo y translúcido. La mano que asomaba de la manga y descansaba en el periódico era cetrina y parecía sensible —¡una persona de verdad!—. No excesivamente sincero, tampoco muy inteligente, ¡pero era una persona de verdad! De repente se sintió entusiasmada y feliz.

—¡No diga esas cosas! —musitó apartando la cara.

—¿Eh?

Zongzhen ya había olvidado lo que había dicho. Tenía los ojos clavados en la espalda de su sobrino. Ese joven sabía desenvolverse con tacto y se había dado cuenta de que estaba de más. No había querido ofender a su tío. Volverían a verse, seguro. Eran parientes, y esos lazos no se cortaban así como así. El sobrino había decidido retirarse al vagón de tercera. Al ver que Peizhi se iba, Zongzhen se apresuró a retirar el brazo y adoptó el tono de un señor respetable.

—¿Estudia usted allí? —preguntó, por decir algo, al ver escrito «Universidad Sheguang» en el cuaderno que Cuiyuan llevaba en el regazo.

¿La había tomado por una jovencita? ¿Por una estudiante? Sonrió sin responder.

—Yo me gradué en Huaqi —dijo Zongzhen, y repitió el nombre—: Huaqi.

Cuiyuan tenía en el cuello un pequeño lunar marrón, como si le hubieran clavado una uña allí. Inconscientemente, Zongzhen se frotó las uñas de la mano izquierda. Tosió, antes de proseguir.

—¿Cuál es su especialidad?

Cuiyuan se dio cuenta de que el hombre había retirado el brazo, y supuso que el cambio de actitud se debía a la influencia de su porte digno y distante. Visto así, no le pareció mal contestarle.

—Letras. ¿Y usted?

—Negocios. En mi época de estudiante, dedicaba mis esfuerzos a los movimientos estudiantiles. Y cuando salí de la universidad, a ganarme la vida —añadió de repente al parecerle sus réplicas un tanto escuetas—. ¡No puedo decir que haya estudiado mucho!

—¿Su trabajo lo mantiene muy ocupado?

—Es de locos. Por la mañana tomo el tranvía para ir al trabajo; por la tarde, para volver a casa, ¡y sin saber ni por qué voy ni por qué vuelvo! Mi trabajo no me interesa nada. Digamos que lo hago para ganar dinero, ¡pero no sé para quién lo gano!

—El que más y el que menos… todo el mundo tiene cargas familiares.

—No puedes hacerte una idea, mi familia… ay, mejor no hablar del tema.

«¡Ya está!», pensó Cuiyuan, «su esposa no lo comprende. Se diría que todos los hombres casados del

mundo necesitaran desesperadamente la comprensión de una mujer que no sea la suya».

Zongzhen vaciló unos instantes.

—Mi mujer… no me comprende —farfulló apurado.

Cuiyuan lo miró frunciendo las cejas, comprensiva.

—No entiendo por qué vuelvo puntualmente a casa cada día. ¿Adónde vuelvo? En realidad, no tengo hogar al que volver.

Se quitó las gafas, las expuso a la luz y limpió el vaho con un pañuelo.

—No me queda más que seguir adelante, ir tirando y seguir, tratando de no pensar en ello. ¡No quiero ni pensarlo!

A Cuiyuan le producía cierto pudor que un miope se quitara las gafas, un poco como si se desnudara en público; era una falta de decoro.

—¡No… no te haces una idea de cómo es esa mujer! —prosiguió Zongzhen.

—Pero al principio… —intervino Cuiyuan.

—Al principio yo me oponía a ese matrimonio. Fue mi madre quien lo arregló todo. Claro, quería elegir yo mismo, pero… Antes ella era muy hermosa… y yo era joven… y un joven, ya se sabe…

Cuiyuan asintió.

—Y luego se transformó en lo que es ahora… Incluso mi madre se peleó con ella y, cambiando de opinión, ¡me echó a mí la culpa de haberme casado con ella! Tiene… tiene un temperamento que… Y ni siquiera terminó la primaria.

Cuiyuan no pudo menos que sonreír.

—Parece que valoras mucho un título, pero es solo papel. En realidad, ¡la educación tampoco es tan importante para una mujer!

No sabía por qué había dicho eso, hiriendo así su amor propio.

—Por supuesto, puedes permitirte hablar con ironía porque has recibido una educación superior. No sabes cómo es de…

Zongzhen se interrumpió, respirando con dificultad. Volvió a quitarse las gafas que se acababa de poner para limpiar los cristales.

—¿No exageras un poco? —preguntó Cuiyuan.

—No sabes, es… —dijo él gesticulando dificultosamente con las gafas en la mano.

—Lo sé, lo sé —se apresuró a contestar Cuiyuan.

Lo que sabía era que si ese matrimonio no se llevaba bien, no era únicamente por culpa de la esposa. Él también era un hombre simple, y lo que necesitaba era una mujer que supiera perdonarlo y fuera indulgente con él.

En la calle se formó un repentino tumulto con la llegada estrepitosa de dos camiones repletos de soldados. Cuiyuan y Zongzhen asomaron la cabeza para ver qué estaba ocurriendo y, de forma totalmente fortuita, sus rostros quedaron muy cerca uno de otro. Desde una distancia muy corta, el rostro de cualquier persona se ve muy distinto de como es normalmente, con la intensidad de un primer plano en la pantalla de cine. Zongzhen y Cuiyuan sintieron de repente que se veían por primera vez. A los ojos de él, el rostro de ella parecía el bosquejo a la aguada de una peonía. Los pelos de las sienes, despeinados por el aire, eran los pistilos agitados por la brisa.

Él la miró, ella se sonrojó. Al ver el rubor, se mostró feliz, y eso la hizo sonrojarse todavía más.

Zongzhen nunca había pensado que podría hacer que una mujer se ruborizara, sonriera, apartara la cara y la volviera hacia él. En ese tranvía, era un hombre. Normalmente, era contable, padre de sus hijos, cabeza de familia, pasajero del tranvía, cliente de las tiendas, ciudadano. Pero para esta mujer que no sabía nada de él, era solo un hombre.

Se enamoraron. Él le contó muchas cosas sobre el banco: con quién se llevaba mejor, quién era amable con él solo en apariencia; y sobre su casa: las discusiones, sus sufrimientos secretos, sus aspiraciones de estudiante… Hablaba sin parar, pero a ella no se le hizo pesado. Cuando un hombre se enamora siempre se vuelve parlanchín; pero la mujer enamorada, sin embargo, no es tan propensa a hablar —por una vez—, sabe de forma inconsciente que, en cuanto un hombre comprende a fondo a una mujer, deja de amarla.

Zongzhen decidió que Cuiyuan era una mujer adorable: blanca, grácil, cálida, como una bocanada de vaho en invierno. Si no la necesitabas, se desvanecía en silencio. Y como formaba parte de ti mismo, lo entendía todo, lo perdonaba todo. Si le confiabas una verdad, le dolía el corazón por ti; si le contabas una mentira, sonreía como diciendo «¡Menudo cuentista eres!».

Zongzhen se quedó callado unos instantes.

—Estoy pensando en volver a casarme —dijo de repente.

Cuiyuan se mostró alarmada.

—¿Quieres divorciarte? Pero… no puedes hacer eso, ¿verdad?

—No me puedo divorciar. Tengo que pensar en la felicidad de mis hijos. Mi hija mayor tiene trece años y acaba de entrar en secundaria, saca buenas notas.

Cuiyuan pensó para sus adentros: «¿Qué tendrá eso que ver con este asunto?», y dijo con frialdad:

—Ah, ya, vas a tomar una concubina.

—Pienso tratarla como si fuera mi esposa —dijo Zongzhen—. Lo… lo dejaré todo bien atado. No permitiré que sufra de ninguna manera.

—Pero —dijo Cuiyuan—, si es de buena familia, no necesariamente aceptará. Y luego, todos los problemas legales…

Zongzhen suspiró.

—Sí, tienes razón. No tengo derecho a hacerlo. No tendría ni que haberlo pensado… Soy demasiado viejo. Treinta y cinco años ya.

—Bueno, hoy en día eso ya no se considera viejo —dijo Cuiyuan con voz pausada.

Zongzhen se quedó callado.

—Tú… ¿cuántos años tienes? —preguntó al cabo de un rato.

—Veinticinco —contestó Cuiyuan cabizbaja.

—¿Eres libre? —inquirió Zongzhen tras una breve pausa.

Cuiyuan no contestó.

—No eres libre —dijo Zongzhen—. Incluso si tú aceptaras, tu familia se opondría, ¿verdad?… ¿Verdad?

Cuiyuan apretó los labios. Su familia, esa gente tan impecable: ¡cuánto los odiaba! Ya estaba harta de sus pamplinas. Querían que les encontrase un yerno rico, pues bien: Zongzhen no tenía dinero, pero sí esposa. ¡Que se fastidiaran! ¡Sí, señor, se lo merecían!

El tranvía se iba llenando de nuevo. Tal vez fuera corría el rumor de que no tardarían en levantar el bloqueo. Uno tras otro, los pasajeros fueron entrando y sentándose. Comprimidos, Zongzhen y Cuiyuan tuvieron que sentarse más y más cerca, y les sorprendió haber sido tan tontos como para no haberse sentado más juntos por iniciativa propia.

Zongzhen sintió que era demasiado feliz, tuvo que protestar.

—¡No, no puede ser! —dijo con voz afligida—. ¡No puedo permitir que sacrifiques así tu futuro! Eres una persona de categoría, con buena educación… y yo… no tengo mucho dinero. No puedo arruinar así tu vida.

Pues sí, era un problema de dinero; lo que decía era razonable. «Se acabó», pensó Cuiyuan. Probablemente, se casaría algún día, pero su marido nunca sería tan encantador como este hombre conocido por azar, como dos hojas que se encuentran flotando en el agua… este hombre del tranvía bloqueado en la zona acordonada… y nada volvería a ser tan natural como ahora. Nunca más… Oh, este hombre, ¡qué tonto! ¡Pero qué tonto! Ella que solo quería una pequeña parte de su vida, la que nadie más quisiera… Y él echaba a perder su propia felicidad sin necesidad alguna. ¡Qué desperdicio más idiota! Cuiyuan lloró, pero no con la elegancia de una dama, sino rociándole a él el rostro con sus lágrimas. Era un hombre de bien… ¡uno más en el mundo!

¿De qué serviría explicárselo? ¡Una mujer que tuviera que valerse de las palabras para emocionar a un hombre! ¡Qué patética!

Zongzhen se puso tan nervioso que no pudo decir ni una palabra. Con la mano, agitó una y otra vez el parasol de Cuiyuan. Ella no le hizo caso, y él le sacudió la mano.

—Oye… oye… aquí hay mucha gente. No llores, ¡no te pongas así! Dentro de un rato lo hablamos todo por teléfono. Dame tu número.

Cuiyuan no respondió.

—Tienes que darme un número de teléfono como sea —insistió él.

—Siete, cinco, tres, seis, nueve —dijo Cuiyuan tan rápido como pudo.

—¿Siete, cinco, tres, seis, nueve? —preguntó él.

No hubo contestación.

—Siete, cinco, tres, seis, nueve —iba repitiendo Zongzhen entre dientes mientras se hurgaba los bolsillos en busca de la estilográfica, que, con los nervios, era incapaz de encontrar.

Cuiyuan tenía el lápiz rojo en el bolso, pero no quiso sacarlo. Zongzhen debía memorizar su número, si no, era que no la amaba y no había más que hablar.

Se levantó el bloqueo. La señal la dio una campanilla, ding, ding, ding, ding… Cada ding era un punto diminuto y frío que, creando una línea discontinua con los demás, separaba el espacio del tiempo.

Un viento de júbilo recorrió la gran ciudad. El tranvía continuó su camino. De repente, Zongzhen se levantó, se abrió paso entre la multitud y desapareció. Cuiyuan volvió la cabeza hacia otro lado, como si no le hubiera prestado atención. Él se había ido. Para ella, era como si estuviera muerto.

El tranvía aceleró. A la luz del crepúsculo, en la acera, un vendedor de tofu fermentado seco descolgó la pértiga de su hombro para tomarse un respiro; otra persona sacudía el cilindro de tablillas de adivinación en monótono soniquete, con los ojos cerrados; una mujer rubia y alta, con un ancho sombrero de paja colgado en la espalda, dirigió una sonrisa dentuda a un marinero italiano y bromeó con él. Cuando Cuiyuan los miró, todos cobraron vida, pero vivieron solo ese instante. El tranvía siguió veloz su camino, campaneando, y los de la acera murieron, uno tras otro.

Cuiyuan cerró los ojos disgustada. Si él la llamaba, seguro que ella era incapaz de controlar su voz y se mostraría ilusionada por su regreso a la vida después de haber muerto.

En el tranvía, las luces se encendieron, y ella abrió los ojos. Enseguida lo vio sentado en el sitio que ocupaba al principio, tan lejos. Se estremeció. ¡Así que él no se había bajado del coche! Y lo comprendió: nada de lo sucedido durante el bloqueo se había producido en realidad. La ciudad de Shanghai entera se había echado una cabezada y había tenido un sueño absurdo.

—¡Ay de mí, qué desdichado! ¡Sin dinero y desamparado! —cantó a pleno pulmón el conductor del tranvía—. ¡Ay de mí, qué desdichado!…

Una vieja zurcidora cruzó la calle aturullada por las prisas, rozando el morro del tranvía.

—¡Cerda! —vociferó el conductor.

Lu Zongzhen llegó a casa justo a tiempo para la cena. Mientras comía echó una ojeada al boletín de notas que su hija acababa de recibir. Recordaba todavía lo ocurrido en el tranvía, pero el rostro de Cuiyuan le parecía ya algo borroso —era un rostro olvidable por naturaleza—. No recordaba lo que había dicho ella, pero sí nítidamente cada una de las palabras que había dicho él mismo, unas con ternura: «Tú… ¿cuántos años tienes?»; otras con vehemencia: «¡No puedo permitir que sacrifiques así tu futuro!». Después de comer, aceptó la toallita caliente que se le ofrecía y se dirigió hacia el dormitorio con paso tranquilo, limpiándose la cara. Encendió la luz de su habitación. Un escarabajo estaba intentando cruzar el cuarto; ya había recorrido la mitad del camino. Al ver luz, se quedó agazapado en el *parquet*, completamente inmóvil. ¿Estaría haciéndose el muerto? ¿Estaría pensando? Ocupado en ir de aquí para allá todo el día, tendría poco tiempo para pensar. Pero pensar era doloroso. Zongzhen apagó la luz, dejando la mano apoyada en el interruptor. La palma se le humedeció; por todo el cuerpo le brotaron gotas de sudor, produciéndole hormigueos, como bichos que lo recorrieran. La encendió de nuevo. El escarabajo ya no estaba. Había vuelto a su nido.

Agosto de 1943

Notas de las traductoras

[1] El *huqin* (pronunciado *juchin*) es un violín de dos cuerdas muy habitual en la música tradicional china, particularmente en las óperas. < <

[2] Según el código ético tradicional chino, el soberano guía al súbdito, el padre guía al hijo y el marido guía a la esposa según las cinco virtudes (humanidad, justicia, decoro, sabiduría y fidelidad a la palabra dada). < <

[3] El *Longjing* («Pozo del dragón») y el *Biluochun* («Zarcillo de jade primaveral») son dos tés verdes de gran reputación en China; el primero, del pueblo de Longjing, en las montañas cercanas a Hangzhou (provincia de Zhejiang); el segundo, de las montañas cercanas al lago Tai (provincia de Jiangsu). < <

[4] 线天 *yixiantian* (una línea de cielo, o cielo en una línea) es el nombre que se da en chino a los desfiladeros más angostos o hendiduras rocosas, desde donde el cielo se ve como una estrecha banda vertical. < <

[5] El nombre de la princesa, en su transcripción china (萨黑黃妮), contiene el carácter *hei* 黑, que significa «negro», en contraste con el apellido de Liusu, Bai 白, que significa blanco. < <